

Andrés Monares

REFORMA E ILUSTRACIÓN
Los teólogos que construyeron la
Modernidad

2da. edición revisada y aumentada



CODA

“No se fie usted del narrador, sino de la historia”
Hannah Arendt

En el texto se ha descrito en detalle la Ilustración Británica en tanto sistema ideológico y algunas de las formas en las cuales con posterioridad se lo ha materializado. Para graficar su importancia y vigencia, se presentaron algunas de sus actuales consecuencias. No se eludieron los juicios acerca de aquellas ideas, sus objetivos y efectos. Se cree incorrecto limitarse a hacer un simple estudio descriptivo, más allá de la obviedad de que una descripción debe intentar ser rigurosa.

Pero además, se creyó necesario dedicar un espacio para tratar la relación entre la Ilustración Británica, Estados Unidos y América Latina. El “patio trasero” de la Unión parece estar en un riesgo siempre latente de sufrir presiones, intervenciones clandestinas, invasiones, ataques preventivos, ser uno de los escenarios de la guerra al terrorismo o al narcotráfico, firmar tratados de libre comercio o seguir realizando ajustes estructurales y privatizaciones (a pesar de que vale la pena preguntar si a estas alturas queda algo por ajustar o vender). En fin, como durante toda su existencia, las repúblicas latinoamericanas siguen expectantes la política exterior del vecino Imperio del Norte.

Que la historia es escrita por los vencedores es un certero aforismo. Precisamente, esa historia oficial ha ocultado e ignorado numerosas cuestiones y sucesos, o ha establecido mentiras como verdades por medio de groseros eufemismos. He aquí un intento de hacer visible la perspectiva de las víctimas, acudiendo a los siempre porfiados hechos.¹

¹ Esos porfiados hechos conocidos para cualquier persona medianamente informada, no se validan recién hoy con las diversas publicaciones de Wikileaks. Esta loable y sobre todo valiente iniciativa, sólo ha venido a adjuntar documentación oficial a lo que todas esas personas medianamente informadas ya sabían.

LA ILUSTRACIÓN BRITÁNICA, ESTADOS UNIDOS Y AMÉRICA LATINA*

“La religión dio a luz a la prosperidad,
y la hija destruyó a la madre”
Cotton Mather

Una nación cristiana

Las palabras que el erudito pastor reformado Cotton Mather pronunciara a principios del siglo XVIII, daban cuenta de las desalentadoras dudas que estaba despertando el experimento social, político y religioso de la colonia de Nueva Inglaterra. Caso que puede tomarse a modo de paradigma de las colonias que, en la segunda mitad de esa centuria, conformarán Estados Unidos de América (EUA). Tempranamente estaba siendo cuestionado el plan de instaurar el “Reino de Dios” en una tierra libre de la intolerancia religiosa y de la decadencia moral de Inglaterra (y de Europa en general). Pero, no puede dejar de señalarse la ironía no menor en el afán y crítica de Mather. En primer lugar, la pretensión de huir de los males ingleses, no significó cortar la relación intelectual con ese país. Al contrario. EUA sería un fruto de la Ilustración inglesa —y luego de la británica propiamente tal— o su último eslabón. En segundo lugar, la importancia superlativa que se le estaba dando a lo material, nunca fue una negación del Cristianismo. Es más, la *espiritualidad materialista* derivada del puritanismo sería el sello de la religión de la Unión.

Esa relación de EUA con la Inglaterra ilustrada y con el misticismo utilitario materialista, puede graficarse en el lema de los dólares estadounidenses: “*In God We Trust*”.¹ Esta extravagante demostración de fe impresa en la moneda nacional, es quizás la más gráfica muestra de lo que es

* En principio este capítulo fue pensado a modo de un breve postscriptum para dejar sugerida la relación nombrada por su título. Por tanto, en su momento pensé que no requería de notas o referencias. Pero, se extendió a un punto en el cual ya no puedo eludir mi deuda con textos consultados o de donde extraje citas. Me fueron útiles los trabajos de Juan Aranzadi, Jaume Botey, Harold Bloom, Daniel Boorstin, Aurora Bosch, Francis Collins, Niall Ferguson, John Galbraith (1997), Clifford Goldstein, Christopher Hill, Reginald Horsman, Richard Hughes, Helen Jackson, Ricardo Jiménez, Paul Johnson, Conrad Kottak, Élise Marientras, Edmund Morgan, Juan Ortega y Medina, David Noble, Dexter Perkins, John Swomley, John Turner, Albert Weinberg, Tim Weiner, William Williams, Howard Zinn, junto a diversos artículos de la edición chilena de la revista *Le Monde Diplomatique* y del sitio web *Voltairenet.org*. Finalmente, he usado citas y datos que alguna vez recopilara sin anotar la referencia, por lo que vayan mis disculpas para todos esos autores omitidos por mi descuido.

¹ “En Dios confiamos”.

dicho país en tanto heredero de las ideas burguesas-reformadas expuestas en los capítulos precedentes. La fe en el dios cristiano relacionada al dinero y al poder, *es* en muchos sentidos EUA. Al mismo tiempo, aquella es una triada muy ilustrada. Para comprenderla, se debe hacer historia y remontarse a la primera revolución burguesa moderna: la “Gloriosa” Revolución inglesa. Este movimiento, adjetivado pomposamente por los propios ingleses, culminó en 1689: 87 años antes de la Revolución estadounidense y un siglo antes de la francesa.²

La sublevación contra el absolutista y católico Jacobo II, fue a todas luces un acontecimiento político-religioso. En él se alzaron triunfantes los miembros de lo que se podría denominar la burguesía propietaria y/o los puritanos de *derecha*. La nueva élite excluyó del poder político y de la influencia socioeconómica al pueblo llano y a los más radicales del movimiento: los puritanos de *izquierda*. No estaban los tiempos para que los *gentlemen* instauraran la igualdad política; ni siquiera para que la postularan. En tal ambiente, la igualdad socioeconómica era tenida por un afiebrado espejismo de una exótica minoría extremista. Los triunfadores terminarían imponiendo lo que, con el paso de los años, llegaría a llamarse “Liberalismo”. Ella fue una ideología y práctica *exclusiva* y *excluyente*. Parafraseando a Abraham Lincoln, se la podría describir como de la burguesía-puritana derechista, por la burguesía-puritana derechista y para la burguesía-puritana derechista. Este grupo logró consolidar *sus* libertades y *sus* derechos. La forma de hacerlo menos descarado, fue maquillarlo tras el velo de una general igualdad ante la ley. En otras palabras, como el triunfo de los derechos individuales de todos los miembros de la sociedad.

Hasta 1918, a modo de fecha simbólica y práctica, Gran Bretaña llevó el estandarte del modelo burgués-puritano derechista. De ahí en adelante, el adalid ilustrado o liberal ha sido EUA. Esta nación encarnaba con anterioridad la moral y la filosofía ilustrada en su cultura puritana. Pero, sólo después de la Primera Guerra Mundial, tomará en plenitud el lugar de la mayor potencia planetaria y específicamente reformada. Lo mismo que la Inglaterra del siglo XVII, los EUA estaban desde su génesis marcados a fuego por el puritanismo. El país nace y se desarrolla en base a una poderosa síntesis de nacionalismo y religión. Síntesis que ha incluido e incluye aún la autodefinición *racial* de anglosajones, con el consecuente rechazo o al menos un desdén por las

² De tomarse en cuenta la Segunda Guerra Civil inglesa, finalizada en 1649 con la decapitación de Carlos I, se tiene que dicha nación llevó a cabo una revolución burguesa 127 años antes que los colonos de sus territorios americanos y 140 años antes que Francia.

razas no blancas. Precisamente, a pocos años del fin de la Primera Guerra Mundial, en 1921, el presidente Warren Harding firmó una ley que buscaba “preservar la composición tradicional norteamericana del pueblo americano [estadounidense]”. Se restringió la entrada de europeos no nórdicos y en el caso de los asiáticos, se prohibió su ingreso al ser considerados por el Congreso “extranjeros inadecuados para la ciudadanía”.³

Por mucho que sea común sostener el nacimiento y desarrollo de la Unión, como un país secular donde Estado e Iglesia están separados, se debe entender que las propias instituciones estadounidenses tienen una raíz puritana. Desde el origen de la República, esa separación nunca significó estar en presencia de un Estado laico. El ser una *nación cristiana*, fue el objetivo

³ El supuesto “crisol de razas” estadounidense, ha sido sólo una declaración de intenciones y por lo demás racista. Tempranamente, en 1790, se había negado por ley el acceso y la residencia a personas *no blancas*; casi cien años después, la situación no había cambiado: en 1882 se aprobó una ley que prohibía naturalizar a chinos (la cual recién en 1943, por necesidades de la guerra, se deja sin efecto). A su vez, no debe olvidarse que el racismo y la segregación, también afectó a las primeras naciones y a todos los considerados pertenecientes a *razas* o “etnias inferiores”. Un caso infamante de racismo fue el encierro, en 1942, a raíz de la Segunda Guerra Mundial, de 120 mil descendientes de japoneses en campos de concentración. Quien supervisara su encierro, el general John DeWitt, estimaba que la *raza* japonesa era una *raza* enemiga y aunque fueran ciudadanos y hubieran asimilado la cultura nacional, sus rasgos físicos aún eran asiáticos. Esta abierta violación de derechos constitucionales se realizó ante el silencio y la conformidad nacional, e incluso ante la de grupos militantes contra la discriminación como el Partido Comunista, la Asociación Nacional por el Avance de la Gente de Color (NAACP, por sus siglas en inglés) o el Comité Judío Americano. Paralelamente, en el caso de los descendientes de italianos y alemanes, el fiscal general de California, Earl Warren, afirmó que sí eran confiables al ser de *raza* caucásica. La actual legalidad antisegregación de EUA, no alcanza a cubrir la vigencia de su tradición racista y segregacionista, no por nada, a través de la historia, los diferentes grupos étnicos se han agrupado/aislado en *ghettos*. Esa actitud quedará especialmente en evidencia con los *negros*. Por ejemplo, la compra en 1822 de lo que hoy es Liberia en África para enviar esclavos *negros* libertos, respondería al convencimiento de la incompatibilidad de la convivencia interracial. Esta opinión la confirmará años más tarde Abraham Lincoln: “Nuestro pueblo no ve con buenos ojos, por más cruel que parezca, que ustedes, los hombres de color, sigan viviendo aquí”. Lincoln podía ser abolicionista pero, como la inmensa mayoría de sus compatriotas, era segregacionista y un convencido de que la “raza blanca” debía ocupar “la posición superior” en su sociedad. Es más, en pleno siglo XIX, en los estados norteamericanos muchos veían en el abolicionismo una amenaza que —por el conflicto con los estados sureños esclavistas—, hacía peligrar la existencia de la Unión por una *raza* inferior. En ese sentido, el propio Congreso declaraba en 1861 que la Guerra Civil (1861-65) “no se hace... por ninguna causa... que tenga que ver con la abolición”, sino “para preservar la Unión” (lo que no se contradice con los alcances político-propagandísticos y económicos del Decreto de Emancipación de los esclavos del año siguiente). De ahí que, una vez finalizado el conflicto, por la tradicional cultura racista estadounidense en pro de la supremacía *blanca*, continuaron las políticas de segregación en el Sur y el Norte. Hasta el siglo XX era manifiesta la segregación racial: para la Primera Guerra Mundial, los *negros* recibieron entrenamiento separado y fueron agrupados en batallones segregados, situación que se mantuvo en la Segunda Guerra. Recuérdese que recién en la década de los sesenta, y por su propia lucha, los *negros* consiguen derechos civiles plenos.

explícito de sus “Padres Fundadores” en los albores de la República y ello se mantuvo a firme aún después de 1776.⁴ Al igual que antes el empeño de los “Padres Peregrinos”, arribados en 1620 desde Europa en el *Mayflower*, fue ser una comunidad de “santos”.⁵

No es posible alcanzar una comprensión cabal de la historia de EUA, de sus instituciones ni de sus acciones políticas, sin tomar en cuenta la variable religiosa cristiana. En el siglo XIX, Alexis de Tocqueville había escrito que en la Unión “la religión [cristiana] es indispensable para la preservación de las instituciones republicanas”. Las afirmaciones del agudo observador francés, serán confirmadas por la misma época por Elena de White, fundadora de la nativa Iglesia Adventista del Séptimo Día. Para ella en EUA “el republicanismo y el protestantismo [puritanismo] vinieron a ser los principios fundamentales de la nación. Estos principios son el secreto de su poder y de su prosperidad”. A mediados del siglo XX, un ex militar devenido a político que llegará a ser elegido presidente, Dwight Eisenhower, declarará que la “democracia [estadounidense] es la expresión política de una religión profundamente sentida” por su pueblo. Años más tarde, el pastor evangélico fundamentalista Jerry Falwell, afirmaba con sus palabras el sentimiento que la gran mayoría de los y las estadounidenses han compartido históricamente:

“Creo que Norteamérica [EUA] ha alcanzado el pináculo de grandeza como ninguna otra nación en la historia humana porque nuestros Padres Fundadores establecieron las leyes y los preceptos norteamericanos [estadounidenses] sobre los principios registrados en la ley de Dios [la *Biblia*], incluyendo los Diez Mandamientos”

En su discurso de despedida de la presidencia, en 1796, George Washington señalaba que salvo “ínfimas diferencias” los estadounidenses tenían “la misma religión, educación, los mismos hábitos y principios políticos”. En su opinión, que estaba lejos de ser minoritaria, la nueva República contaba con

⁴ Dentro de la mitología nacional de EUA, los “Padres Fundadores” son la élite socioeconómica que fundó la República. Entre ellos se tiene a George Washington, Benjamin Franklin, John Adams, Thomas Jefferson y Alexander Hamilton.

⁵ Dentro de la mitología nacional de EUA, los “Padres Peregrinos” son el primer grupo de emigrantes calvinistas, quienes huían del ambiente represivo de Inglaterra para con los no conformistas o disidentes de la oficial Iglesia Anglicana. Ellos serían los “Padres” originarios de la Unión, llegados como “Peregrinos” en busca de una tierra de *libertad*. Un ejemplo de su singular piedad se tiene en que, antes de viajar a América, intentaron asentarse en la muy calvinista Holanda... no obstante, haciendo honor a su apelativo de “puritanos”, la abandonaron por mundana.

el aval de Dios y debía basar su vida política en el Cristianismo. Para el primer presidente de la Unión, “la razón y la experiencia nos prohíben la idea de que puede existir la moral nacional sin los principios de la religión”. Washington recalca que no debía haber ninguna confusión al respecto: EUA *no* era un Estado laico. En la misma línea, su sucesor en la primera magistratura, John Adams, declaraba que la “Constitución está hecha sólo para una gente moral y religiosa”.

Si bien desde el origen de la Unión se estableció que no existiría una iglesia estatal, es evidente que el Estado central fomentaba un contexto religioso protestante/reformado común. Empapado de valores cristianos, no favorecía a ninguna denominación en particular. A su vez, los diversos estados asociados daban un tratamiento igualitario a las diferentes iglesias e incorporaron los valores cristianos a sus respectivos gobiernos. Al ser el Cristianismo la religión del Estado Federal y de los distintos estados asociados, se aseguraba la libertad de culto entre las distintas confesiones cristianas (hasta, aunque con cierto resquemor, para los *papistas*). Bajo esta organización, no tenían sentido las querellas religiosas violentas o su expresión en la política al beligerante modo inglés. Las guerras religiosas europeas y las persecuciones que sufrieron los “Padres Peregrinos” (calvinistas), por un Estado que hacía las veces de brazo armado de una Iglesia nacional (Anglicana), estaban demasiado presentes para volver a replicar los modelos sectarios. De esa manera, en este Estado *no* laico, la “Ley para establecer la libertad religiosa” (Ley Nro. 82) de Thomas Jefferson, empezaba declarando: “El Dios Todopoderoso ha creado la mente libre”. Extraño hubiera sido que una federación fundada por personas profundamente devotas y en un siglo de apasionada piedad, hubiera ignorado o minimizado la influencia del Cristianismo. En tal sentido, la costumbre colonial de exigir un *test* o un juramento religioso para acceder a cargos públicos o la tributación a favor de las iglesias, se mantuvo luego en no pocos estados de la nueva República. Asimismo, en algunos de ellos se accedía a la ciudadanía plena por medio de la creencia en el dios cristiano protestante/reformado. Ejemplos de lo anterior eran New Hampshire, Connecticut, Massachusetts, Pennsylvania, Delaware, Maryland, Carolina del Norte, Carolina del Sur o Georgia.

Ese influjo religioso también se hacía presente a través del protagonismo de los pastores y ministros, de las diferentes confesiones cristianas, en la vida cotidiana de sus comunidades. De este modo, ese ascendiente se expresaba por medio de su rol en la enseñanza en tanto profesores, pues comúnmente en toda parroquia funcionaba una escuela. Nadie dudaba de que sin religión fuera impensable la moral, y era la educación la encargada de enseñar y

fomentar ambas. El cuadro era completado por la fundación de universidades confesionales, entre las que se pueden nombrar a Yale, Princeton o Harvard. En el siglo XIX, ese firme cimiento piadoso colonial fue reafirmado por la República, cuando bajo los mismos principios místicos, el Estado se hizo cargo de la educación escolar al considerarla un derecho. Horace Mann, un destacado intelectual de la época dedicado a la educación, afirmaba que si bien las escuelas públicas no eran seminarios teológicos, la religión era una cuestión central en ellas: “nuestro sistema inculca con mucha seriedad la moral cristiana en todos sus aspectos”. Para Mann, los principios morales del sistema educativo estaban en el Cristianismo y el sistema acogía “con beneplácito la religión de la Biblia”.

El consenso general en cuanto a la importancia del Cristianismo, pasaría luego a conformar una uniformidad religiosa que se sostenía y reproducía sobre ciertas bases comunes. Acerca de tal homogeneidad, en un marco de aparente diversidad, el antes citado Alexis de Tocqueville había señalado: “Cada secta adora a Dios a su manera, pero todas las sectas predicán la misma moral en nombre de Dios”. Si bien la gran cantidad de confesiones diferentes podían dar la impresión de un muy variado y hasta contradictorio paisaje devoto, no eran más que expresiones de un mismo y monolítico dominio del Cristianismo puritano. Imperio que, por lo demás, era indiscutido y profundamente sentido.

Para ayudar a explicar ese proceso, además del rol del Estado y del sistema educativo, es necesario llamar la atención sobre el escenario de fondo en que se estaba dando esa búsqueda de un consenso religioso. Para ello, deben tomarse en cuenta los avivamientos religiosos populares, que serían conocidos con los nombres de Primer y Segundo Gran Despertar, ocurridos a mediados del siglo XVIII y a principios del XIX respectivamente. Ambos se extendieron a través del país por años y podría decirse que terminaron caracterizando la religiosidad estadounidense, y la propia cultura nacional o el talante de su pueblo. Tal como la homogenización resultante del “movimiento puritano” inglés del siglo XVII, los avivamientos habrían conformado una piedad *simplificada* y prioritariamente *experiencial*, compartida por las diferentes iglesias reformadas y protestantes del país.⁶

⁶ La simplificada y no pocas veces ramplona religiosidad cristiano evangélica estadounidense, se alejó del modelo de las iglesias históricas con su “clero” jerárquico y un énfasis más doctrinal (por consiguiente más intelectual). Por el contrario, se le dio mayor relevancia a la figura del “predicador” en tanto individuo tocado por la gracia y a la “experiencia mística individual” de los fieles o a lo que un ilustrado llamaría con desdén “entusiasmo”. En tal sentido, no extraña la proliferación de iglesias nativas no

Entonces, más allá de la relativamente reciente prohibición legal por la Corte Suprema de la oración en las escuelas públicas de la Unión (25 de junio de 1962), la influencia reformada en el país ha sido omnipresente y decisiva a través de los años. La institucionalidad de los diferentes estados y del propio Estado Federal, se ha visto cruzada por esa matriz puritana común. El sólo hecho de vivir en EUA, implica estar inmerso en un contexto puritano. La síntesis de nacionalismo y religión se ha encarnado, a través del tiempo, en una ideología estadounidense y en la cotidianidad de su pueblo. Es decir, se ha conformado una singular *cultura* nacional. El *American way of life*⁷ es mucho más que un desmedido amor al dinero, consumismo desenfrenado, libre mercado, un alto nivel de vida o un régimen político democrático que resguarda las libertades individuales. Estas cuestiones de índole material e institucional, son meras expresiones o consecuencias de un fundamento ideológico de carácter místico. Dicho fundamento ha rebasado las doctrinas puntuales de las diversas iglesias —también en las no reformadas y en las no cristianas—, expresándose en un poderoso sentimiento compartido de *patriotismo*. Del mismo modo, las diversas confesiones cristianas incluyendo el catolicismo y hasta el judaísmo, han convenido una especie de *consenso moral mínimo* de carácter judeocristiano. A fines del siglo XIX el arzobispo católico de San Pablo, John Ireland, afirmaba con solemnidad la coincidencia entre EUA y la Iglesia católica de la Unión. Sin el más mínimo temor a errar, todavía a principios del siglo XXI se pueden parafrasear sus palabras para afirmar la coincidencia entre EUA y las diversas confesiones cristianas y el judaísmo: sus principios “armonizan completamente con los intereses de la república”, con su ideología y su moral.⁸

históricas: bautistas del Sur, mormones, adventistas del séptimo día, de la ciencia cristiana y diversas denominaciones evangélicas. Por su naturaleza simplificada, se entenderá que ese fideísmo se exprese de modo rabioso y oscurantista: aunque parezca increíble para una persona medianamente cultivada de cualquier otro país, a la fecha en la Unión la teoría de la evolución es cuestionada desde un Cristianismo que lee de forma literal el *Génesis*.

⁷ Estilo de vida estadounidense.

⁸ En particular el catolicismo y el judaísmo, se han adecuado a la cultura puritana expresando sus contenidos religiosos específicos en términos *nacionalistas*. Los fieles de ambas creencias igualmente quieren ser *buenos* estadounidenses. Los católicos también estiman que EUA “ha significado una bendición al mundo” y en general a la vez que se identifican con campañas pro vida (que en realidad son *anti* aborto, eutanasia y homosexualidad), callan ante los asesinatos masivos perpetrados por sus tropas en el extranjero; asimismo, junto a los evangélicos, no pocos católicos postulan que el Creacionismo debe enseñarse en las escuelas en vez del Evolucionismo. Por su parte, en cuanto al “pueblo elegido” por excelencia, es conocido que el poderoso *lobby* judío en Washington, ha conseguido el apoyo incondicional de EUA a Israel, hasta en el caso de sus múltiples violaciones del Derecho Internacional y de los derechos humanos. La relación entre el judaísmo sionista y los cristianos evangélicos es muy cercana: diversas organizaciones evangélicas y evangélico-judías, envían cada año altas cifras de dinero a

Esas ideas místicas puritanas han arraigado profundamente entre los y las estadounidenses. Han servido durante toda la historia del país a la fecha, para unirlos en un sentimiento común y ante proyectos identificados como patrióticos y/o religiosos. En tales casos, no existen mayores diferencias entre las posturas y el discurso de los partidos Republicano y Demócrata. La política de la Unión ha estado histórica e inextricablemente fundida a la religión y en específico al puritanismo. Todavía en pleno siglo XXI, como deja ver Conrad Kottak, antropólogo estadounidense, la religión empapa la política de EUA. Es un requisito indispensable reconocerse creyente si se quiere tener una carrera política viable, dada la alta consideración que le profesa la ciudadanía (aun quienes no votan) a la piedad religiosa de sus líderes y representantes:

“Los candidatos que se proclaman ateos son tan raros como quienes declaran ser brujos. Casi todos los candidatos políticos afirman pertenecer a una de las religiones principales. Algunos incluso presentan su candidatura como si tuvieran una misión divina encomendada”⁹

A su vez, ese nacionalismo-religioso o esa verdadera teología nacionalista, ha sido muy útil para hacer pasar a segundo plano los conflictos internos o las críticas y los movimientos sociales contra el dominio de las élites. Precisamente, el hecho de que se haya logrado ese objetivo —fuera de hablar de la efectividad de las campañas de propaganda y desinformación—, deja al descubierto el arraigo popular de dicha ideología y la consecuente entusiasta pasión que provoca.

“...y la hija destruyó a la madre”

Antes de continuar, debe hacerse una importante aclaración. El proyecto burgués ilustrado originario, se fue haciendo a través de los años cada vez más exclusivo y excluyente. Por su propia lógica interna —el ser un sistema supuestamente de, por y para la pequeña y mediana *burguesía*—, terminó siendo en la práctica un proyecto de, por y para la *gran burguesía*. Si

Israel. Por último, en el singular caso de los mormones, religión nativa no considerada evangélica pero derivada del Cristianismo, asumen la condición electa del pueblo estadounidense... de hecho, luego del Apocalipsis la civilización renacería en EUA.

⁹ Sobre la religiosidad expresada en ambos partidos hegemónicos, recuérdese que los ex presidentes Jimmy Carter y George W. Bush se consideran “renacidos”: personas quienes al ser iluminadas por Dios dejaron atrás su antigua vida pecaminosa, para volver a empezar una nueva existencia cristiana devota. Uno es demócrata y hoy pacifista, el otro republicano y militarista.

bien nunca fue del todo verdadera la caracterización de los EUA como una nación de pequeños burgueses propietarios, era y es una idea fuerza y un mito ampliamente compartido por su población. Es una leyenda aceptada a pesar de que desde la colonización, las clases altas dominan el sistema político y socioeconómico, y lo vienen usando para su propio provecho. Así lo hicieron los terratenientes de las diferentes colonias, las élites acaudaladas y los dirigentes durante y después de la Revolución, los millonarios o los llamados “barones de la industria” del auge industrial-financiero de fines del siglo XIX y principios del XX, y también lo hacen las transnacionales actuales. No es casual que la gran mayoría de los presidentes de la nación hayan sido hombres ricos (...y por supuesto *blancos*).¹⁰

Tal como ocurriera antaño en Gran Bretaña, la radicalización de la exclusión del modelo se grafica en que aparte de la desigualdad hacia el *exterior*, históricamente se ha practicado una desigualdad *interna*. Por ejemplo, para describir un caso contemporáneo, desde la administración de Ronald Reagan, a fines del siglo XX, se viene destruyendo el “Estado de bienestar” al recortar de modo drástico el gasto social. Más recientemente, los tratados de libre comercio firmados por EUA han acrecentado la cesantía y deprimido sectores de la industria nacional. Mientras, desde la década de los ochenta

¹⁰ Lo exclusivo y excluyente del sistema político (y socioeconómico) de EUA, ha sido un continuo desde la colonización. Por una parte, el despojo de tierras a las primeras naciones, no significó que ellas se repartieran entre todos los emigrados; pues, pertenecían al rey y él las concedía de *su* patrimonio a ciertos “lores propietarios” y, a su vez, estos a algunos colonos. Así, por ejemplo, Maryland fue asignada a los herederos de lord Baltimore, Carolina a ocho súbditos, Nueva York fue regalada por Carlos II a su hermano Jacobo y Pensilvania a William Penn. Esta especie de concesión feudal, no dejaría de tener consecuencias en la estructura social y de propiedad de las colonias: desde un principio se instauró el latifundio aristocrático. Por otro lado, de un tercio a la mitad de los emigrados a Norteamérica, entre 1650 y 1780, lo hicieron bajo “contrata” o esclavitud a plazo fijo. Estas desesperadas personas, durante el viaje podían ser azotadas o puestas en el cepo como castigo a su conducta *inadecuada*; y al llegar a América, eran anunciadas a los potenciales *compradores* en los periódicos locales y quedaban al amplio albedrío de sus *dueños* por un periodo de tres a siete años, entre otras cosas propias de la servidumbre, hasta para flagelarlos. Luego, la estructura socioeconómica que tenía en su cúspide a la aristocracia latifundista no variaría con la República, ya que en general las constituciones de los nuevos estados representaban los intereses de esa élite y se instituyeron *por ley requisitos lucrativos* para tener derecho a voto y/o a ser elegido representante, congresista o gobernador. Del mismo modo, *todos* los delegados a la Convención (1787) que transformó la Unión en una federación y redactaron y/o ratificaron la Constitución, representaban los grandes intereses económicos de cada uno de sus estados y por cierto sus propios intereses económicos. Si bien, efectivamente, se dieron ocasiones en que las tierras fueron baratas y mucha gente tuvo acceso a la propiedad; esa venta dio lugar a la especulación y a la consiguiente subida de precios. No obstante, esa gran cantidad de emigrados coloniales que eran mano de obra esclava o las siguientes oleadas de emigrantes que no alcanzaron a *aprovechar* el expolio territorial de las primeras naciones, difícilmente puedan calzar en el mito de una nación de propietarios y, por ende, igualitaria.

del siglo pasado, se han venido rebajando los impuestos a los ricos y con posterioridad se ha impulsado un tipo de libre comercio favorecedor de las grandes empresas y grupos financieros. Esa evolución desde el Liberalismo al Neoliberalismo, por extraño que parezca, no ha resentido la emoción popular estadounidense identificada con lo que aquí se ha dejado en evidencia es el reformado iluminismo británico. La Modernidad y su expresión neoliberal, siguen siendo sentidas cuales propias por una mayoría entusiasta.¹¹

Al tenor de esa radicalización de la exclusión, cuando se analiza con rigor la *civilización* ofrecida hoy por EUA al mundo, sus fundamentos y desarrollo, se cae en cuenta de su singularidad. Al mismo tiempo, queda al descubierto el verdadero carácter del rol modernizador jugado por dicho país en tanto campeón del Neoliberalismo. La Unión busca imponer a todas las demás naciones, bajo su directriz y tutela, esa contextualización todavía más excluyente de la Ilustración. A la fecha ese afán lo representa formalmente el “Consenso de Washington”. Sus medidas propuestas/impuestas en pro de un extremo sistema de libre mercado, se hacen ver como la ineludible hoja de ruta del mundo “civilizado” o “moderno”. Bajo el disfraz de benignos consejos técnicos, se les publicita y promueve desde el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial de Comercio o el Banco Mundial. Cuando en realidad, dichas medidas fueron y son impulsadas —por medio de todo tipo de presiones y hasta por medio de la agresión militar—, por los EUA para su beneficio y en especial para el de sus élites. Aquellos organismos *internacionales* sólo son cajas de resonancia del Departamento del Tesoro estadounidense.¹²

Esa debilidad por el libre comercio, siempre que sea en beneficio propio, de igual forma es una marca de origen. En primer lugar, fue una causa relevante o la razón primordial de su Revolución contra Inglaterra. Luego, se expresó también durante el periodo de las luchas independentistas latinoamericanas contra la Corona española. En este último caso, al tiempo que por el supuesto espíritu republicano de EUA se solidarizaba con el levantamiento libertario de los vecinos del Sur, el real interés era aprovechar el fin del monopolio hispano para fomentar su propio crecimiento económico y aumentar su riqueza nacional. La actitud de la Unión hacia la lucha emancipatoria y las

¹¹ La crisis financiera *subprime* dio lugar a fuertes críticas al Neoliberalismo, pero pasada la tormenta cabe preguntarse si eran de fondo o meramente circunstanciales porque esos críticos habían perdido dinero.

¹² Si bien EUA tiene un gran peso dentro de los organismos económicos internacionales, y en primer lugar busca el beneficio de sus grandes compañías, no pocas veces actúa en connivencia con el resto de los países del G 7.

nuevas repúblicas, seguiría la sinuosa regla de la conveniencia. Esto quedó graficado en 1817 en el apoyo militar a España para desbaratar un intento de independencia de La Florida. ¿Por qué *la* nación modelo de libertad y republicanismo pudo haber hecho algo así? Sencillo: anhelaban dicho territorio para sí. Poco después, tras un pago a España, La Florida pasó a manos estadounidenses. Simón Bolívar sabía lo que podía esperarse del imperialismo de la Unión, al punto que en 1820 llegaría a afirmar: “Jamás conducta ha sido más infame que las de los norteamericanos con nosotros”.¹³ Igualmente, a mediados del siglo XIX, con ocasión de la invasión francesa para instalar a Maximiliano como emperador de México, el “faro de la democracia” no tuvo problemas para vender armas al bando imperialista. Y en pleno siglo XX, la aprobación del Congreso de sucesivas Leyes de Neutralidad (1935, 1936 y 1937), no fue obstáculo para que también por ley se determinara que las mercancías exportadas por países en conflicto, se pagaran en efectivo y fueran transportadas por sus propios barcos. Se podía así mantener el comercio sin el peligro de entrar en guerra, lo cual de hecho ocurrió en 1937 con la venta de armas a China para su conflicto con Japón.

Visto así, al constatar que desde América Latina y el Tercer Mundo en general, se alzan discursos modernizadores que buscan imitar lo anglosajón y dejar a las naciones bajo la influencia/dependencia de EUA, más que irónico, es patética la legitimación del imperialismo sostenida por los propios dominados. Cuando se tienen a la vista los múltiples ejemplos históricos —tantas veces negados, desconocidos o tergiversados— y la enseñanza dejada a quien quiera consultarlos, ¿es posible seguir planteando que la *República-Imperio* de EUA ha empleado y emplea medios legales, amistosos o incruentos en el resto del planeta para la consecución de altruistas objetivos en pro del beneficio universal? ¿Puede tener algún grado de verdad la afirmación de George W. Bush de que la Unión es un “regalo de Dios al mundo”?

Se debe ser cuidadoso con los cipayos y abogados de lo indefendible. Estos siempre están prestos a deslegitimar a quienes sacan a colación hechos que ellos preferirían olvidar y hacer olvidar a otros. Nadie afirmaría que es políticamente extremista o tendencioso señalar que el pillaje —con la consecuente estimación positiva de la violencia, el robo y el asesinato—, era parte fundamental del sistema socioeconómico de las antiguas tribus tártaras

¹³ Si bien la cita es muy gráfica de las relaciones de EUA con sus vecinos del Sur y por eso se la usó en el texto, Bolívar se refería puntualmente a la imposición de “una pena de diez años de prisión y diez mil pesos de multa, que equivale a la de muerte, contra los virtuosos ciudadanos que quisieron proteger nuestra causa, la causa de la justicia, y de la libertad, la causa de América”.

o entre los vikingos. ¿Por qué entonces fruncir el ceño ante conclusiones similares, basadas en acontecimientos innegables, respecto del imperialismo de EUA? Los nazis fueron *malvados* por ocupar países y reprimir a los heroicos combatientes de la resistencia. Entonces, ¿por qué si los estadounidenses han cometido y cometen idénticas acciones son *demócratas* y *libertadores* enfrentados a terroristas, antipatriotas, enemigos de la democracia o simples bandidos? La invasión y ocupación de Irak, con los millones de dólares invertidos en armas y en la “reconstrucción”, ¿no es prueba suficiente del *negocio* de la guerra y de cuán lucrativo puede llegar a ser?¹⁴

El imperio es una forma de vida. En general, ese sistema de explotación no puede mantenerse si no es por medio de presiones y la agresión militar. Las *espléndidas guerritas* siguen solucionándolo todo: producen crecimiento económico y dividendos políticos.¹⁵ Los ataques militares de la Unión son un excelente negocio en sí, y la punta de lanza de múltiples y lucrativas operaciones comerciales de las grandes compañías estadounidenses. No es nueva en dicho país la connivencia entre el gran capital (industrial y financiero) y un Estado belicoso. La importancia actual del “complejo militar-industrial”, es una expresión singular de una *tradición*. Históricamente los conflictos armados de EUA, han sido creados y manejados por las grandes compañías y agentes económicos. En tal sentido, el rol de los políticos y la prensa ha sido disfrazar esos afanes de lucro usando demagogia patrioter. A fines del siglo pasado el periodista y escritor Thomas Friedman, tres veces ganador del Premio Pulitzer, es explícito sobre la conjunción de la guerra y el desarrollo económico de la Unión:

“Para que tenga éxito la globalización, América [EUA] no debe temer actuar como la superpotencia que es. La mano escondida del mercado, nunca triunfará sin el puño escondido. McDonald’s no puede prosperar sin McDonnell Douglas, el diseñador del F-15, y el puño escondido que mantiene el mundo a salvo para la tecnología de Silicon Valley se llama Ejército de los EE.UU., su Fuerza Aérea, su Marina y sus *marines*”¹⁶

¹⁴ La retirada de las tropas de EUA durante la presidencia de Barack Obama, no altera en nada esos negocios ya consolidados.

¹⁵ John Hay, secretario de Estado del presidente republicano William McKinley, se refirió a la conflagración con España de 1898 como una “espléndida guerrita”: un conflicto de corta duración, con pocos muertos y que permitió obtener territorios, recursos y mercados.

¹⁶ Se conoce como “*marines*” al Cuerpo de Infantería de Marina de EUA, su fuerza expedicionaria o de agresión exterior más importante y usada asiduamente durante su historia con objetivos imperialistas.

Los peligros de esa alianza comercial-militar-política, fueron advertidos en 1961 por el presidente y ex general Dwight Eisenhower, en su discurso de despedida de la presidencia. Sin embargo, tal aviso no debe llamar a equívoco: su crítica era interna. Eisenhower seguía siendo estadounidense en política exterior, por ende apegado a la tradición imperial de negocios y violencia. De ahí que en 1953, durante su primer año de gobierno, no tuvo problemas para ordenar a la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) montar un plan para derrocar a Mohammed Mossadegh, primer ministro de Irán. El pecado del mandatario iraní fue pretender nacionalizar la riqueza petrolera del país. Esas pretensiones soberanas terminaron cuando se lo depuso bajo la acusación de “comunista” y se apoyó a la servil dictadura *amiga* del *Sha* Mohammad Reza Pahlevi.¹⁷ En el caso particular de la reciente invasión a Irak, esa agresión se puede explicar por la mezcla de los intereses del complejo militar-industrial y el tradicional imperialismo de EUA. Junto con asegurar el petróleo y hacer buenos negocios, se estaba llevando adelante el proyecto de moldear el Medio Oriente según el plan del “caos constructor”.¹⁸ La corrupta y millonaria connivencia de la administración Bush con el sector privado, quizás fuera una radicalización de la influencia del complejo militar-industrial y del histórico espíritu imperialista estadounidense. Pero es del todo incorrecto calificar de excepcionales sus mentiras y su criminal beligerancia.

Nunca ha sido un misterio la ligazón entre los intereses económicos de la gran empresa privada de EUA y la agresiva política exterior militarista de sus gobiernos. Cuando esa política entra en acción, se la ha explicado y justificado bajo el argumento de proteger intereses estadounidenses y/o defender el libre comercio. El “Lejano Oeste” se conquistó —con genocidio y limpieza étnica de las primeras naciones incluida—, por motivos comerciales y no sólo por la urgencia de tierras a raíz del crecimiento demográfico. A mediados del siglo XIX, la misma sed de lucro terminó con el aislamiento japonés: el país fue obligado a abrirse a los negocios de EUA por medio de la amenaza militar

¹⁷ Parte del prontuario de Eisenhower, es haber dado personalmente, en 1961, la orden de asesinar en Congo a Patrice Lumumba y luego sostener la cruenta dictadura de Mobutu Sese Seko. A pesar de sus órdenes y de todo lo que se hizo en el exterior bajo su presidencia, Eisenhower sólo se arrepentía de haberle mentado al pueblo estadounidense a raíz del derribo de un avión espía U-2 sobre Unión Soviética.

¹⁸ Proyecto de los neoconservadores de Washington para debilitar y/o dividir en pequeñas naciones a los países de la región, a fin de ponerlos más fácilmente al servicio de sus objetivos estratégicos y económicos. La experiencia de las ocupaciones de Afganistán e Irak (y la desastrosa invasión de Israel al Líbano en 2006), están demostrando que dicha política es más “caos” que construcción y lo absurdo e ineficaz —además de inmoral— de pretender paz y seguridad a través de un ejercicio continuo de la violencia.

de una flota naval. En 1954, durante el gobierno de Eisenhower, la frutera estadounidense *United Fruit*, consiguió la ayuda de la CIA para deponer al presidente guatemalteco Jacobo Arbenz, quien decretara una reforma agraria perjudicial para el pingüe negocio de la compañía.¹⁹ No es ninguna novedad que en su momento se hayan asignado, de manera arbitraria, contratos por millones de dólares para la “reconstrucción” iraquí a empresas de los países de la coalición encabezada por la Unión. En especial, a las compañías estadounidenses ligadas a la administración Bush. Era sencillamente una muestra de esa verdadera tradición que en EUA, es la alianza entre negocios y política exterior. O, en realidad, la existencia de una verdadera *política exterior militar de los negocios*.

En dicha tradición, son normales las palabras que a principios de este siglo pronunciara el general Alfred Gray, comandante de la Marina, acerca de la necesidad de que la Unión no tuviera impedimento alguno para “establecer y desarrollar mercados por todo el mundo”. Declaraciones de un general que pudieran, o debieran, haber sido dichas por un político o un empresario. No obstante, ellas aclaran que los miembros de las fuerzas armadas también tienen entre sus objetivos estratégicos... abrir mercados por medio de las acciones propias de su profesión. Cuestión que había expuesto primero a fines del siglo XIX otro marino, el almirante Alfred Mahan, con un gran impacto en la política exterior de EUA.

Frente a la obviedad de los múltiples cuestionamientos posibles a la agresiva política exterior imperial de EUA, se debe dejar en evidencia que quien ahora es el representante por excelencia de la Modernidad, se conduce como lo hace por las características excluyentes y agresivas del propio proyecto que de manera explícita ha querido encarnar desde sus orígenes. En palabras de Jimmie Durham, artista y activista cherokee, “Estados Unidos es un holocausto continuo y movable (...) ha estado en guerra continuamente, invadiendo y matando continuamente desde las colonizaciones de Jamestown y Plymouth”. Al punto de que a la fecha, su capacidad de replicar su *barbarie tecnológica* en cualquier parte del globo en cualquier momento, ha convertido al país en una verdadera pandemia. Es la exportación del *American way of slaughtering*.²⁰ Por eso, ¿no será hora de condenar y no sólo lamentar de forma

¹⁹ Ayuda que también puede explicarse tomando en cuenta que el secretario de Estado y el director de la CIA de la época, John Foster Dulles y su hermano Allen respectivamente, ¿eran accionistas de la *United Fruit*!

²⁰ Estilo de masacrar estadounidense.

pusilánime sus presiones ilegítimas, sus acciones criminales y su prepotencia de todopoderoso matón planetario?

Antes de seguir adelante, es necesario despejar una confusión en cuanto a la afición estadounidense por el asesinato masivo y otros crímenes asociados al imperialismo militarista. Error el cual se estima aquí, vendría arrastrándose desde mediados del siglo XX. Se trataría de una supuesta diferencia y/o contraposición entre la *bondad* de los demócratas y la *maldad* de los republicanos.²¹ Es un hecho que el imperialismo, con todas las violencias y crímenes asociados a él, tienen una larga relación de convivencia con el Partido Demócrata. Fueron ellos, por ejemplo, los principales impulsores del belicoso expansionismo estadounidense de mediados del siglo XIX.²²

Sin embargo, a fin de no ser acusado de desempolvar viejos acontecimientos para pretender elaborar un patrón ideológico y una regla de conducta, permítaseme recordar casos contemporáneos para mostrar lo falaz de la supuesta benevolencia demócrata. A fines de la Segunda Guerra Mundial y bajo la presidencia demócrata de Franklin Roosevelt, los aliados bombardearon ciudades indefensas y sin ninguna importancia militar en una Alemania casi derrotada. Hombres no combatientes, mujeres, ancianos y niños, fueron quemados vivos con bombas de fósforo. Sólo en Dresden habría habido unos 100 mil civiles asesinados con ese brutal método. Un caso por el estilo se tiene en la orden de Harry Truman, otro presidente demócrata, de lanzar bombas atómicas en ciudades japonesas también indefensas y en un país en la práctica vencido. El resultado fue de unos 84 mil civiles asesinados en Hiroshima y otros 40 mil en Nagasaki. En total más de 124 mil hombres no combatientes, ancianos, mujeres y niños asesinados. A quienes se agregan los miles de muertos con posterioridad, a raíz de las secuelas de la radiación.

²¹ Un error similar se da también al comparar los dos partidos mayoritarios israelíes: el Laborista y el *Likud*. Ambos han estado históricamente implicados en una política militarista, expansionista, colonial, racista, violadora de la Ley Internacional e ignorante de las resoluciones de Naciones Unidas, perpetradora de múltiples crímenes contra los derechos humanos de la población palestina y convencidos del absurdo de usar la violencia para conseguir seguridad. Acierta Gilad Atzmon, músico y escritor israelí, cuando afirma: “Israel funciona como un megalómano y violento gueto judío, motivado por un fanatismo homicida que utiliza como herramientas la letal tecnología yanqui”.

²² Una muestra de las campañas militares expansionistas llevadas adelante en ese período, entre otras agresiones, es la guerra contra México y la entusiasta continuación del genocidio de las primeras naciones. Es más, los demócratas eran el partido esclavista y buscaban la expansión geográfica para expandir la esclavitud.

Si aún se tuvieran dudas, fue el presidente demócrata John Kennedy quien intervino y envió tropas a Vietnam (y antes a Laos).²³ El también demócrata mandatario Lyndon Johnson, incrementó luego la intervención en Vietnam hasta llegar a un abierto estado de guerra. En los ochenta del siglo pasado, el hoy pacifista Jimmy Carter amenazaba con una reacción militar a todo quien intentara “controlar el Golfo Pérsico”, pues ello “será percibido como un ataque a Estados Unidos”. Tampoco debe olvidarse que con votos demócratas, se emprendieron y financiaron las guerras *legales* e ilegales de Bush padre y las de su hijo.

Por último, ténganse en cuenta las declaraciones militaristas de Barack Obama —publicitado cual supuesto recambio o giro político estadounidense por ser demócrata, relativamente joven y mulato—, cuando era candidato a su primer período presidencial: afirmó su proyecto de construir un “ejército del siglo XXI y una cooperación tan poderosa como la alianza anticomunista que ganó la Guerra Fría, con el objetivo de permanecer a la ofensiva en todas partes”. La política exterior multilateral de Clinton o la que está llevando a cabo Obama, no es en el fondo contraria a la unilateral de Bush hijo. Sólo es otro tipo de manifestación de una política exterior agresiva e imperialista. Puntualmente en el caso de Obama, ¡premio Nóbel de la Paz 2009!, es una que en medio de una prolongada crisis económica que aumenta día a día la cesantía entre sus compatriotas, no dudó durante su primer periodo en acrecentar todavía más el presupuesto militar de su país y llevarlo por encima de los US\$ 800 mil millones.²⁴

²³ También son parte del *legado* de Kennedy las decenas de veces que intentó asesinar a Fidel Castro y la fallida invasión de Cuba en 1961, dar su aprobación a los militares vietnamitas amotinados que asesinaron al presidente Ngo Dinh Diem en 1963, dar la ilegal orden a la CIA de espiar ciudadanos estadounidenses contrarios a la guerra de Vietnam y ordenarle dos veces crear un escuadrón de asesinos.

²⁴ La posición de Obama se deja ver también, al nombrar a Stanley McChrystal en el cargo de comandante en jefe de las fuerzas armadas estadounidenses de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y en Afganistán. Además de ser un neoconservador entusiasta de las políticas de la era Bush (hijo), McChrystal estuvo encargado de las operaciones de “contrainsurgencia” en Irak, Afganistán y Pakistán que implicaron asesinatos extrajudiciales, torturas, ataque a civiles y entrenamiento de paramilitares. Por otro lado, sobre la postura de los demócratas ante los derechos humanos en general, considérese su apoyo a la inserción pública en política del teniente general (R) Ricardo Sánchez: a fines del 2007 fue elegido por el Partido para replicar uno de los discursos radiales semanales de Bush. El punto es que Sánchez enfrenta demandas en EUA y Europa por autorizar torturas y tratos crueles, inhumanos y degradantes a prisioneros en Irak. Quien dirigiera las operaciones del Ejército de EUA en dicha nación, por un año a partir de junio de 2003, emitió un memorando autorizando torturas y además estaba al mando de la cárcel de Abu Ghraib a la fecha de ocurrir los publicitados abusos contra los prisioneros.

La historia nos ha enseñado que la Doctrina Monroe, la Diplomacia del Dólar, el Nuevo Orden Mundial o el afán del fundamentalismo cristiano del republicano George W. Bush de conformar un nuevo pero mucho más grandioso Imperio Romano, son expresiones de un explícito proyecto nacional de dominio. El cual a través del tiempo, ha sido llevado adelante indistintamente por ambos partidos hegemónicos y ha tenido un mayoritario apoyo ciudadano. Dicho plan surge de un particular espíritu religioso y patriótico puritano que, según el contexto y sus protagonistas de turno, se ha complementado o sintetizado en diversos grados con diferentes motivos. Se han enarbolado móviles benéficos, naturalistas, geográficos, políticos, defensivos, económicos, libertarios, agresivos, moralistas, racistas, paternalistas, expansionistas o democráticos. Pero, por más insólito que parezca, no pocas veces la legitimación se apoya en una supuesta búsqueda del bien de la especie humana en su conjunto: la lucha por la libertad y la democracia. EUA acepta la responsabilidad y asume los costos —monetarios y humanos— incluidos en la “carga del hombre blanco”.²⁵

Un imperio benéfico

Las y los estadounidenses están orgullosamente convencidos de ser paladines del bien. En específico de la “libertad”, el valor y condición intrínseca de la democracia liberal y del capitalismo de libre mercado. Es decir, de todo lo que *hace* a EUA y lo que *representa* dicha nación. Desde esa premisa básica asumen, hasta con estoicismo, su mayor grado de responsabilidad en el mundo. Sería la consecuencia inevitable e ineludible de su mayor grado de poder y de las inherentes particularidades de su propio pueblo. Ronald Reagan, en su discurso sobre el estado de la Unión de 1985, se refería a la misión de la más benéfica y desinteresada nación que haya existido, y al tozudo empeño mostrado durante años para llevar a cabo dicha tarea:

“Dos siglos de historia de los Estados Unidos deberían habernos enseñado que nada es imposible (...) todo es posible en Estados Unidos de América con tal que tengamos la fe, la voluntad y el corazón. La historia vuelve a pedirnos que seamos una fuerza al servicio del bien en este planeta”²⁶

²⁵ Término acuñado por el muy imperialista y racista escritor británico Rudyard Kipling, para describir las ineludibles responsabilidades *civilizadoras* del Imperio Británico en el mundo; con mayor razón en sus dominios *no blancos*.

²⁶ Esta mitología nacionalista es reforzada y/o se manifiesta a través de los productos de la industria cultural: la responsabilidad del poder y el consecuente deber de luchar contra el mal, es la conclusión

Independiente de los argumentos específicos de un determinado momento, a través de la historia de EUA normalmente se ha sostenido su rol de redentor mundial. Lo han hecho sus políticos, intelectuales, medios de comunicación, líderes religiosos y también la mayor parte de su ciudadanía. Esa conclusión expresa la rabiosa fe nacionalista en una misión determinada para ellos por el propio Dios. Esta verdadera *teología nacionalista* se puede encontrar en personas de cualquier signo político, grupo de ingreso, confesión religiosa o nivel de educación. Es un error encasillarla en los típicos patrones derechistas, racistas o filofascistas que se identifican en general con el nacionalismo. De hecho, a fines del siglo XIX se puede ubicar un caso modélico: el clérigo Josiah Strong, fundador del llamado “Evangelio Social”. Al tiempo que su espíritu caritativo buscaba solucionar cristianamente los problemas sociales de la época, en su libro expansionista *Nuestro país* afirmaba que a “la rama americana [estadounidense] de la raza anglosajona”, le correspondía el papel de líder de la civilización. Y, en ese sentido, “mientras en este continente Dios está preparando a la raza anglosajona para su misión”, a la vez está “preparando al género humano para recibir nuestra impronta”.

A nivel gubernamental, las diferentes administraciones estadounidenses, apoyadas en una firme creencia en las especialmente excelsas cualidades de su nación, han venido universalizando hasta por la fuerza el *American way of life*. Dentro de “la larga lucha por el mejoramiento de la humanidad”, decía el presidente Theodore Roosevelt a principios del siglo XX, “la historia de Estados Unidos es hoy fundamento de la historia del mundo”. Al ser una “gran república”, el extender sus sobresalientes formas culturales es parte de una misión intrínseca del país. Pocos años después, el presidente demócrata Woodrow Wilson —quien junto con afirmar el papel de gendarme internacional para la Unión, sostenía que lo aceptaban “aun en contra de su voluntad”—, sería rotundo en cuanto al rol de su nación: “Los Estados Unidos poseen el infinito privilegio de realizar su destino y de salvar al mundo”. Por su parte, a fines del siglo pasado el político republicano Pat Buchanan expresaba: “Nuestra cultura es superior porque nuestra religión es el Cristianismo”. Todas estas declaraciones no se diferencian mucho de las de John McCain, senador republicano y ex candidato presidencial, en los albores de la presente centuria: “Estados Unidos es la mayor fuerza del bien en el mundo; tenemos la obligación si no de empezar guerras, sí de extender la libertad y la democracia”.

del superhéroe de la película “*Spiderman I*” (Sam Raimi, 2002). El personaje termina por aceptar el destino al cual lo *obligan* sus particulares capacidades... con una gran bandera estadounidense de fondo.

En realidad las palabras de Roosevelt, Wilson, Reagan, Buchanan o McCain, podrían haber sido pronunciadas por cualquier estadounidense desde el siglo XVIII a la fecha (o antes por cualquier colono puritano). Muestra de ello es, entre muchos otros casos, la postura del *progresista* clérigo Strong. Tal discurso es un reflejo de la certidumbre en su providencial “Destino Manifiesto”. Este término, a pesar de haberse acuñado en 1845 por el periodista John O’Sullivan, es una acertada etiqueta del espíritu que desde la Colonia hasta la actualidad, se encuentra entre los y las estadounidenses:

“Porque nuestro derecho es el derecho de nuestro destino manifiesto a extendernos y a poseer todo el continente que la Providencia nos ha concedido para desarrollar el gran experimento de la libertad y del gobierno propio federal que nos ha sido confiado”

El asunto al cual se refería en aquel momento O’Sullivan, tenía que ver con la pugna por Oregon entre EUA y Gran Bretaña. No obstante esa cuestión particular, pronto la esperanza de ensanchar sus fronteras los llevó a pensar en toda Norteamérica y también en Centroamérica. A mediados del siglo XIX, el presidente demócrata James Buchanan, estaba convencido de que bastaba dejar a los acontecimientos seguir “su curso natural”, para que se cumpliera el “destino de nuestra raza” y su “derecho providencial”: “expandirse por el continente norteamericano”. En ese ambiente pletórico de expansionismo, el paso siguiente fue pretender anexar todo el continente americano: desde el Polo Norte a Tierra del Fuego. Por supuesto, ¡qué duda cabe!, bajo el benigno objetivo de expandir el área de libertad y autogobierno a que hacía alusión O’Sullivan.

No terminó el siglo XIX cuando el propio EUA se encargó de mostrar la falacia de tal discurso. Baste recordar la limpieza étnica de los territorios ocupados por las primeras naciones, en base a una política sistemática de genocidio y deportaciones masivas. Ejemplo de dicha estrategia fue la Ley de Traslado Forzoso, apoyada por el presidente Andrew Jackson y aprobada por el Congreso en 1830. Al revisar la historia queda en evidencia que no exagera Helen Hunt Jackson, cuando en el centenario de la Unión habla de *Una centuria de deshonor*, para referirse al trato recibido por las primeras naciones de parte la república estadounidense.²⁷

²⁷ Para la Corona inglesa los pueblos nativos eran “súbditos” y buscó protegerlos de modo legal de la sed de tierras de los colonos. Precisamente, porque no pocas de las primeras naciones sabían que la autonomía de aquellos implicaría su ruina, durante la Revolución lucharon del lado inglés y de nuevo lo hicieron en la guerra entre la Unión e Inglaterra (1812-1815). Las acciones de la República

Otro caso flagrante en que quedó al descubierto la falacia del discurso de EUA sobre la libertad, fue la desvergonzada transformación de Cuba en un protectorado. La guerra contra España, logró el objetivo que se había intentado llevar a cabo con anterioridad bajo la figura de una compra. No obstante, con el tiempo los expansionistas se percataron de la incompatibilidad cultural y *racial* entre ellos y los latinoamericanos: “un pueblo extranjero e insubordinado, de fe católica, con una mezcla de sangre negra”.²⁸ Lo mismo ocurrirá con otros pueblos no modernos a quienes se enfrentaron en sus invasiones y conquistas. Se llegó a la convicción de la inconveniencia de continuar con la expansión geográfica hacia el Sur de América y también hacia otros continentes. Salvo contadas excepciones, como lo fue Panamá... o más bien su Canal.²⁹

En cuanto a la expansión a lugares alejados del territorio continental de la Unión, en 1898 Hawai fue un caso de anexión pacífica. Pero, muy diferente fue la cruenta guerra comenzada al año siguiente contra los patriotas independentistas en Filipinas. Por más que, como en muchos episodios similares hasta nuestros días, se la explique en razón de un desinteresado y singular altruismo. Baste conocer los motivos con que el presidente republicano William McKinley, justificó la guerra contra el primer gobierno democrático filipino tras el dominio español. Sus argumentos son arquetípicos de la histórica actitud de EUA: “¿Necesitábamos su consentimiento para llevar a cabo una gran acción humanitaria?”. ¡Claro que no!, respondieron a coro los y las estadounidenses. Las hostilidades para sentar la ocupación y transformar

confirmarían con creces sus temores. Por otro lado, si bien algunos estadounidenses esgrimían la idea de “asimilación” lisa y llana, el caso de los cherokees en Georgia evidencia el cariz de esa postura: creyendo en la palabra del Estado Federal y del de Georgia, dicha nación se esforzó por ser “civilizada” y dejar de ser “salvaje”: se hicieron sedentarios, diestros y prósperos granjeros, se alfabetizaron, adoptaron las formas de organización política y económica occidental, y hasta se convirtieron en cristianos. No obstante, en 1838 la ambición de tierras hizo que una vez más EUA desconociera tratados firmados y deportara a unos quince mil cherokees. No sin que antes sufrieran por parte de la milicia la quema de sus casas, la destrucción de sus cosechas, el saqueo de sus pertenencias, el robo de su ganado y el encierro en empalizadas hasta la expulsión. Lo que se llamaría “El Camino de las Lágrimas”, aparte de la infamante injusticia del despojo, dejó un saldo de unas cuatro mil personas muertas en los más de mil kilómetros hasta Oklahoma. Esta deportación masiva *legal* de los territorios del sur de EUA, afectó también a las naciones creek, choctaw, chicasaw y seminola.

²⁸ La cita corresponde a los argumentos de congresistas sudistas, rechazando la anexión de Cuba dadas las características de su pueblo. Pero, sin temor a errar, es generalizable a toda la América Latina.

²⁹ Otra de esas excepciones latinoamericanas es el “Estado Libre Asociado” de Puerto Rico, donde dicha figura jurídico-política esconde una situación colonial: la isla pertenece a la Unión sin ser uno de sus estados, sus habitantes deben cumplir el servicio militar en las fuerzas armadas estadounidenses sin ser ciudadanos, y por ley las mercancías ingresadas y salidas de la isla deben ser trasladadas por barcos de EUA.

el país en una colonia —técnicamente un “territorio no incorporado”—, se justificaban en sí mismas. Agregaba McKinley que estaban tratando de “educar a los filipinos, y de elevarlos y civilizarlos y cristianizarlos, y por la gracia de Dios hacer todo lo que podamos por ellos, como hermanos nuestros por quienes Cristo también murió”.³⁰

Lamentablemente, tan altos fines tienen sus costos. Se estima que en la lucha de más de tres años contra esa *raza inferior* y para peor católica, ¡se asesinaron a lo menos unos doscientos mil filipinos y filipinas de todas las edades! Esa escalofriante cifra se puede explicar al recordar las instrucciones del general Jacob Smith, acerca de la edad mínima para matar *enemigos*: “A cualquiera que tenga más de diez años”. A eso se ha de haber referido el senador Albert Beveridge, cuando señaló que una posible retirada estadounidense de Filipinas sería “un crimen contra la civilización cristiana”.³¹ Sinrazones similares a las dadas por Beveridge legitimaron en su momento Vietnam, Nicaragua, Panamá, Afganistán o Irak.

Más allá de las intervenciones e invasiones a la fecha realizadas por EUA, el asumir de manera definitiva a fines del siglo XIX la incompatibilidad cultural/racial con otros pueblos, les hizo dar un giro en su política exterior. Del colonialismo típico o de ocupación se pasó al *neocolonialismo* o dominio político-económico, con *ayuda* o *incentivos* militares, propuesto por el almirante Alfred Mahan. Esta estrategia se entiende dentro del marco en que la Unión, “el oasis de civilización en un desierto de barbarie” según Mahan, llevó adelante “la expropiación de las razas incompetentes”. Progresivamente, se pasó así del establecimiento de colonias territoriales, al aseguramiento militar y/o la influencia política en zonas donde EUA poseía “intereses” económicos: fuentes de materias primas o mercados dependientes. No por nada la Unión tenía a comienzos de esta centuria, dieciséis agencias de inteligencia actuando alrededor del mundo y bases militares en más de cien países.

A principios del siglo XX, el presidente republicano William Taft, explicaba ese giro en la política imperialista estadounidense con una *media verdad*: “la sustitución de las balas por los dólares”. La cual, a la vez, sigue

³⁰ La justificación de McKinley, si no es de un cinismo superlativo, se puede especular que estaba también dirigida al católico pueblo filipino, pues para los reformados es doctrina oficial que Jesús murió *sólo* por sus pocos “elegidos”.

³¹ Recién en 1934, el Congreso aprobó una ley por la cual se prometía a Filipinas su independencia... para 1946.

siendo actualmente una *media mentira*. La nueva situación llegó en pocas décadas a poder ser correctamente descrita por el presidente demócrata John Kennedy: “Hoy en día nuestras fronteras se encuentran en todos los continentes”. El nuevo imperialismo lleva esas fronteras, en el fondo a los *marines*, donde quiera exista un interés por un recurso o producto.³²

Se insiste en que el “Destino Manifiesto”, por más que haya sido un concepto aparecido a mediados del siglo XIX a propósito de asegurar Oregon para EUA, tiene un gran poder explicativo del espíritu y acciones de dicho país. Es más, en la Unión es común no ver contradicción alguna entre su imperialismo y la “libertad” y el “gobierno propio” que menciona O’Sullivan en su declaración del “destino manifiesto”. Sin problemas de conciencia o contradicciones lógicas, se puede *liberar* una nación invadiéndola y someténdola. Pocos se lo han cuestionado y se lo cuestionan porque, paradójicamente, esa república nació imperialista. Ya George Washington, primer presidente de la Unión, en su mensaje de despedida de su mandato urge por el control del Oeste a fin de convertirse en un imperio continental. Thomas Jefferson, autor de la *Declaración de Independencia* y tercer presidente estadounidense, es tajante al respecto: “Estoy persuadido de que ninguna constitución fue nunca antes tan bien proyectada como la nuestra para el imperio anchuroso y el autogobierno”. No por nada fue Jefferson el primer presidente que habló de un “imperio de la Libertad”, el cual cruzaría el continente desde el Atlántico al Pacífico.³³

En el fondo, el concepto de “Destino Manifiesto” vino a nombrar una concepción religiosa que, en su esencia, ha estado vigente desde la colonización puritana de los hoy llamados EUA. Por esa creencia, para la mayor parte de

³² Esta nueva concepción imperial posibilitará moderar el intervencionismo en América Latina, gracias a la política de “buena vecindad” de F. D. Roosevelt. Si bien no se cree posible aquí explicar esta actitud sólo por un repentino cambio ideológico y no tomar en cuenta otros factores: los gravísimos problemas internos de todo tipo por la depresión del ’29, lo asegurados que ya estaban los intereses comerciales estadounidenses en dichos territorios y el cálculo costo-beneficio económico y político que suponía intervenir/invadir naciones latinoamericanas. En el caso posterior de la “Alianza para el Progreso”, este plan de Kennedy se llevará adelante por los problemas externos que representaría el peligro comunista. En tal sentido, ya se sabe que era una política exterior aún menos sincera que la de “buena vecindad” y llegó a su fin cuando se transformó en prioridad el sudeste asiático.

³³ Las loas de Jefferson a la Constitución, no impidieron a su expansionismo pasar por encima de ella: ante la inconstitucional adquisición de Louisiana a Francia en 1803 —paso básico para construir ese “imperio de la Libertad”—, calificó de “sutilezas metafísicas” a las normas esgrimidas por algunos congresistas para oponerse a su adquisición por dinero. Con el tiempo las compras de territorios y su inclusión en los EUA serían trámites de rutina.

sus habitantes, no hay ningún problema en asumir orgullosamente el rol que les ha impuesto *su* dios. Esta idea se sustenta en la doctrina calvinista de la elección por la divinidad de ciertos pueblos y de la consiguiente obligación de aquellos de materializar *Su* voluntad en la Tierra. Los “elegidos” deben someter a la ley de Dios a lo natural no humano y a los “condenados”. Estos corresponden a los extranjeros (quienes por tal lógica de por sí son *paganos*), a las *razas inferiores* y a todos los caracterizados en general en tanto impíos desde el fundamentalismo cristiano anglosajón. Por su parte, lo que aquí se ha llamado exclusión hacia *adentro*, se explica por la misma doctrina de la elección divina. Pero esta vez en cuanto a los individuos. Estos condenados internos serían los pobres y en general las *razas inferiores* o no anglosajonas.³⁴

La fe en un rol divinamente establecido para EUA, por ser un pueblo elegido, es fruto de su *nacionalización* del Dios cristiano. Esa es la viga maestra de su *mitología religiosa-racial-nacionalista sobre sí mismos*. Ahí radica la fuerza espiritual, moral y patriótica que los ha impulsado a emprender “guerras justas” casi sin pausa durante su vida republicana. No hay que engañarse: el fanatismo de la llamada Nueva Derecha Cristiana no es excepcional, como tampoco lo eran las alocuciones de George W. Bush sobre la necesidad y legitimidad del uso de las armas para cumplir la elevada misión del país. Ambos son dos casos más de la retórica mostrada a través de los años en EUA por sus políticos, intelectuales, líderes religiosos y medios de comunicación masiva. Argumentos respaldados con vehemencia por la mayoría del pueblo. Es tal el convencimiento de ser representantes de *su* dios y de contar con su irrestricto respaldo, que hasta las acciones más atroces son justificadas religiosamente. Por ejemplo, el premio Nóbel de física Arthur Compton, quien fue un destacado participante de la investigación que desarrolló la bomba atómica (“Proyecto Manhattan”) y aconsejara al presidente Truman usarla contra los japoneses, tenía en paz su conciencia de cristiano. No albergaba duda alguna sobre el apoyo constante e irrestricto del dios *de* EUA a *su* pueblo:

³⁴ Ante la duda de por qué la población *negra* estadounidense mantiene su fe de raíz puritana, la respuesta puede buscarse en dos planos: en lo interno son oprimidos en espera del cumplimiento de la promesa de libertad e igualdad, supuestamente general, estipulada en la fundación de la República; y hacia afuera, son estadounidenses convencidos del “Destino Manifiesto” de su nación. Al respecto se puede citar el caso de dos destacadas y discriminadas figuras *negras*: en 1960 Cassius Clay (futuro Mohamed Alí) al ser interpelado por un periodista soviético en las olimpiadas de Berlín, acerca de la segregación racial en EUA, dio a entender que era una cuestión en vías de solucionarse; y finalizando los sesenta, Jimi Hendrix justificaba ante miembros de su banda la presencia militar de la Unión en Vietnam y la consecuente guerra.

“No sólo creo que Dios nos ha perdonado la acción de arrojar las bombas, sino que únicamente con su ayuda e inspiración logramos que nuestro trabajo pudiera realizarse a tiempo”

Esa general debilidad de los y las estadounidenses por la guerra, el crimen y el terrorismo, no se explica sólo por la manipulación informativa de la cual han sido víctimas por parte de sus diferentes gobiernos. Es un hecho que desde el nacimiento del país, una fracción no despreciable de su ciudadanía ha apoyado las acciones ilegales, antidemocráticas y violentas de sus sucesivas administraciones. De igual modo, han dado su respaldo a los crímenes que sus gobiernos han ordenado o ayudado a perpetrar a paramilitares, terroristas y dictaduras *amigas*. Históricamente el pueblo de EUA ha respaldado guerras, anexiones, protectorados, ocupaciones, derrocamientos de gobiernos democráticos, apoyos a dictaduras sanguinarias, masacres de civiles, escuelas de tortura, agresiones militares o actos terroristas. Por si persistieran las dudas acerca de esas acciones encubiertas que son secretos a voces y otras muchas actividades del todo visibles, en 2003 se desclasificaron documentos reservados del Consejo de Seguridad Nacional de la Unión, los que daban cuenta de los principales objetivos de la CIA: “pagar sobornos, abrir frentes anticomunistas, subvencionar guerrillas, ejércitos clandestinos, sabotajes, asesinatos”.³⁵

Entre los casos recientes de políticas criminales de EUA se pueden nombrar la “Escuela de las Américas”, donde desde mediados del siglo XX se viene enseñando a uniformados latinoamericanos técnicas de tortura y “contrainsurgencia”; el tráfico de drogas para armar a la “contra” nicaragüense; la descarada protección oficial al terrorista internacional Luis Posada Carriles; el secuestro y prisión ilegal en que mantienen a ciudadanos de otras naciones y la aplicación de tortura a esas personas. Los innegables hechos —no los delirios exagerados y tendenciosos de extremistas—, dan cuenta de que la Unión es desde hace mucho tiempo un Estado criminal y terrorista. La paradoja es que ninguno de esos luctuosos actos, entran en contradicción con el discurso

³⁵ El ganador del Premio Pulitzer Tim Weiner —como resultado de una exhaustiva y muy crítica investigación— acusa a la CIA de ineficiencia, gastos desmedidos y de mentir hasta a los presidentes. No obstante, su visión es la de un patriota que hace una crítica *interna* a una burocracia que ha ido contra los altos “valores estadounidenses” y ha perjudicado al país; al punto de tener responsabilidad, por acción u omisión, en la muerte de agentes y soldados de la Unión. Desde esa perspectiva, las acciones de la CIA y sus efectos en las otras naciones terminan siendo cuestiones secundarias. Su ceguera patriótica llega a culpar a la agencia de mentir a los presidentes, a pesar de exponer él mismo que no sólo estaban al tanto de crímenes, sobornos, golpes de estado y diversas acciones encubiertas; sino que, muchas veces, ellos daban las órdenes para llevarlos a cabo.

público estadounidense de defender la democracia, la libertad y los derechos humanos.³⁶

Los debates internos de los dos partidos hegemónicos sobre la política exterior, en general a través de la historia se han centrado en los medios para asegurar los llamados “intereses estadounidenses” en el mundo. La ética en juego tras de esas acciones no ha sido un asunto de mayor relevancia, ni en ese debate político ni entre la ciudadanía. La mayoría de las y los nacionales de EUA han apoyado las acciones criminales de sus diversas administraciones. Ese respaldo se ha materializado a través del pago de impuestos para financiarlas, de una opinión pública favorable, como soldados, con votos o con su abulia. De ahí se entiende que su violenta política exterior imperialista, recién empiece a molestarles cuando les aumentan la carga impositiva para costearla. O, peor todavía, recién cuando sus familiares y conocidos vuelven muertos en bolsas plásticas. Antes de eso, no les importa el daño causado por los actos de sus gobiernos. Dichas medidas las tienen por intrínsecamente benignas. Desde ese obsesivo convencimiento popular, la propaganda legitimadora de asesinatos masivos es para ellos de por sí información fidedigna. Hasta en los muchos casos en que, al tener por resultado la apropiación de riquezas y recursos de otros países, se está ante verdaderos robos con fuerza, intimidación y con resultado de muertes masivas.

La ciega confianza de la mayor parte del pueblo en sus gobiernos, se da a pesar de la alta probabilidad de que un inmenso número de estadounidenses, ni siquiera puedan ubicar los países *liberados* en un mapa o tampoco tengan la más mínima idea de lo que en verdad ocurre en ellos. Sus tropas están ahí para *ayudar* a esa gente, para recuperar o llevarles la democracia. Sólo un traidor o un antipatriota no apoyarían “liberar” o “llevar la democracia” a algún lugar oprimido por un cruel “dictador”... quien puede ser, en verdad, un presidente elegido democráticamente. Es decir, sólo un traidor o un antipatriota no apoyarían lo que en realidad es una invasión o una ocupación.³⁷

³⁶ Esa singular visión acerca de la ética y los derechos humanos queda al descubierto cuando, en medio de su propia guerra contra el terrorismo, Washington se niega a extraditar a Venezuela a Posada Carriles por su probada participación en el estallido en vuelo de un avión de pasajeros cubano; o cuando el ex Presidente Bush propuso y el Congreso confirmó para Fiscal General a Michael Mukasey, un ex juez quien no cree sea tortura provocar asfixia con agua a prisioneros/secuestrados... Finalmente, se sabría que este nombramiento no tenía nada de extraño, pues el propio Bush había ordenado a la CIA emplear esa tortura en quienes habían secuestrado.

³⁷ Cuando se toma en cuenta que alrededor de un 80% de los estadounidenses no tienen pasaporte y por ende la gran mayoría de ellos nunca han salido de su país —salvo un porcentaje menor a México o Canadá donde no se requiere dicho documento—, se tiene un dato más para comprender por qué

Las muertes de los *otros*, de esos desconocidos y anónimos pueblos *liberados*, son el costo de una misión en esencia humanitaria. La ciudadanía estadounidense se ve a sí misma como personas pacíficas de una nación inocente. Su bondad y su amor por la libertad los llevaría a salir de su mundo perfecto y a adentrarse en el imperfecto, en ese extraño y peligroso territorio que está más allá de sus fronteras. Ahí combaten el *Mal* en sus diversas formas. Todas ellas antípodas de la Unión y de su immaculada esencia. No tiene nada de raro entonces, que el ex vicepresidente Richard Cheney haya dicho: “No negociamos con el mal, lo derrotamos”. Tampoco resultará extraño que en 1917 Woodrow Wilson declarara: “los principios estadounidenses (...) son los principios del género humano”. En la imagen que los y las estadounidenses han desarrollado de sí mismos se basa su orgullo. Y aquella imagen es el fundamento de su incapacidad de comprender la animadversión e incluso las críticas hacia su país. Incapacidad ciega a sus propias acciones, al punto de terminar desvariando con ramplonas explicaciones de envidia hacia sus instituciones o sistema de vida... Pero, sin preguntarse por qué otras naciones con democracias liberales y capitalismo de mercado no provocan antipatía.

Más allá de la ridícula rudeza de la bravata de *cowboy* de Cheney o de la desatada megalomanía de Wilson, no es posible ignorar la eficacia propagandística de ese tipo de declaraciones ante la ciudadanía de la Unión. En su (auto)convencimiento de ser personas pacíficas de una nación inocente, terminan considerando obvio que asesinar *malos* es un bien. O al menos no es moralmente reprobable. El último ejemplo de esta ideología del asesinato-benéfico-inocente, fue la operación que hizo ingresar sin autorización un contingente militar a Pakistán para ejecutar a un desarmado Osama bin Laden (frente a sus hijas menores y para luego tirar su cuerpo al mar). En la misma línea, el propio director de la CIA, León Panetta, declaró que la información sobre bin Laden se obtuvo por medio de torturas y justificó esas “técnicas de interrogación coercitivas”. Por su parte, Eric Holder, Fiscal General de EUA, declaró que la operación fue “completamente legal y en acuerdo a nuestros valores”.³⁸

ese *mundo exterior* es en gran medida desconocido para ellos. Esa ignorancia facilitaría la tarea de la propaganda mítica y patriótera, más aún en el centro de la nación: la llamada “América profunda” es la zona más conservadora y religiosa de EUA. Pero ese desconocimiento, sumado y/o potenciado por su megalómana visión de sí mismos (y ciertamente por sus miedos rayanos en la neurosis), también se encuentra entre los políticos (y hasta en la propia CIA!). A través de la historia, esa élite ha hecho gala de una impresionante incapacidad para comprender el *mundo exterior*, lo cual explica un gran número de acciones —abiertas o encubiertas, pacíficas o militares— fracasadas o de nefastas consecuencias para las naciones donde se realizaron y hasta para la propia Unión.

³⁸ En relación a la aceptación y fomento de asesinatos *buenos* o *justificados*, no se puede dejar de citar

Esa imposibilidad estadounidense para ver lo obvio es histórica. Ello se puede ejemplificar en cuatro presidentes, todos cristianos, por ende, supuestamente con una moralidad *firme* y *superior*. En primer lugar se tiene al ya nombrado Wilson, quien fundamentó ante el Congreso la participación de EUA en la Primera Guerra Mundial, en razón de defender “los derechos y libertades de las pequeñas naciones” y respaldó luego la autodeterminación de los pueblos europeos. Sin embargo, este hijo de pastor presbiteriano —quien guiaba su actuación política *pacifista* y de defensa de la democracia y la libertad, sustentado en su religiosidad y espíritu moralista de servicio a la humanidad—, envió de forma reiterada *marines* para intervenir en diversos países centroamericanos.³⁹ En los ochenta del siglo XX, Ronald Reagan *defendía* la democracia apoyando en Centroamérica dictaduras criminales, y entrenando y financiando escuadrones de la muerte y cruentas guerras civiles. Luego, a fines de los ochenta y principios de los noventa, George Bush padre invade en 1989 ilegalmente Panamá para *cazar* a Manuel Noriega, dejando un saldo de entre tres mil y cinco mil personas asesinadas. Y antes de dos años, a raíz de la invasión ilegal de Saddam Hussein a Kuwait en 1990, el mismo Bush denunciaría el ataque como una flagrante violación del derecho internacional, obteniendo así legitimidad para la Primera Guerra del Golfo. Qué decir del “renacido” a la fe George W. Bush *liberando* Irak en la Segunda Guerra del Golfo, matando a miles de civiles no combatientes en pos de la democracia, la libertad y el bien de esas mismas personas masacradas.⁴⁰

En todo caso, el avance de la admisión casi universal de la doctrina de los derechos humanos, ha tenido consecuencias en EUA. Mas, no en cuanto a reflexionar acerca del deber y la conveniencia de coexistir de forma pacífica con

los innumerables casos de la cinematografía estadounidense. Con mayor razón en las cintas bélicas o de espionaje de la segunda mitad del siglo XX en adelante, es un guión estándar aquel donde el héroe —ignorando y hasta yendo contra ese estorbo llamado “ley” nacional e internacional—, mata malvados con toda legitimidad. Hasta en muchos de los filmes animados infantiles, el “villano” pierde la vida de manera trágica en vez de enfrentar la justicia (...o justamente porque enfrentó a la *Justicia*). La debilidad por el asesinato se expresa también en varios estados de la Unión, donde es legal la pena de muerte y se la aplica con asiduidad incluso en el caso de débiles mentales.

³⁹ No sólo hacia el exterior se tiene una dualidad en Wilson, en lo interno tenía por una *raza* inferior a los *negros*: como rector de Princeton llevó adelante una política de exclusión de estudiantes *negros* y nombró secretario de Estado a Robert Lansing, quien pensaba que aquellos no podían autogobernarse.

⁴⁰ Las contradicciones citadas deben comprenderse dentro de la estrategia de protección y fomento de los “intereses” económicos y políticos estadounidenses. Ello queda en evidencia en los casos de Panamá e Irak, donde los ex *amigos* Noriega y Hussein son demonizados una vez que dejan de ser dóciles/útiles (lo mismo que el propio Osama bin Laden). La agresión a esos países dio lugar a una mayor ingerencia en el Canal de Panamá, perdido por la negociación Torrijos-Carter, y al petróleo iraquí respectivamente.

otras naciones. Sino sólo para ensayar un cambio de estrategia. La necesidad de legitimar y financiar sus turbias operaciones externas, fomentó la creación de *organizaciones no gubernamentales* que podrían llamarse una CIA de *guante blanco*. Es el caso de la Fundación Nacional para la Democracia (NED, por sus siglas en inglés), instituida en 1983 bajo el discurso del fomento de la democracia y el libre comercio internacional. Esta singular organización *no gubernamental...* ¡nace por ley y su financiamiento depende del Departamento de Estado! Es este Departamento el solicitante ante el Congreso de los dineros para la NED y ellos son parte de su propio presupuesto. De hecho, el Senado estadounidense tiene la potestad de llamar al presidente de la NED a rendir cuentas ante su Comité de Relaciones Exteriores. Ronald Reagan, se podría decir el “padre” de esta organización *independiente*, no escondía el rol esperado para ella: “por supuesto, será coherente con nuestros intereses nacionales”.

Entonces, a todas luces no es neutral el empeño de la NED por instaurar sociedades “libres” y “abiertas”, ni su interés en las transiciones a la democracia y las libertades económicas. En realidad, es parte de una guerra ideológica global para legitimar la imposición del modelo político y económico estadounidense. Y, por supuesto, sacar ventajas de ello. Obviamente valiéndose de movimientos, partidos y personas que están de acuerdo con resguardar, a decir de Reagan, los “intereses nacionales” de EUA. Esta curiosa institución *privada* nunca apoyaría a regímenes “populistas radicales” como los de Mohammed Mossadegh, Jacobo Arbenz, Salvador Allende o Evo Morales.⁴¹

Los millones de dólares y el apoyo logístico de la NED, son únicamente para quienes están dispuestos a convertir a sus naciones en serviles satélites del Imperio. No para quienes buscan asegurar la independencia y soberanía de sus pueblos. Andrew Natsios, director de la Agencia para el Desarrollo Internacional (USAID, por sus siglas en inglés), con una sinceridad pasmosa, declaraba en 2001 respecto a la nueva estrategia de EUA de valerse de organizaciones no gubernamentales y del financiamiento de diversas iniciativas en otras naciones: “es el instrumento más apropiado cuando la diplomacia resulta insuficiente o cuando la utilización de la fuerza militar presenta riesgos”.⁴²

⁴¹ El concepto “populismo radical” fue acuñado durante el gobierno de George W. Bush y era parte de su estrategia para amenazar y/o combatir gobiernos democráticos latinoamericanos, que según sus pautas no serían *suficientemente* democráticos. O sea, gobiernos críticos del sistema neoliberal que buscan librarse de la influencia de Washington para resguardar su soberanía político-económica.

⁴² Salvador Allende fue un caso de diplomacia insuficiente y de una riesgosa agresión militar abierta. A la cooperación y financiamiento por EUA de diversos grupos opositores, se sumó la intervención a través de operaciones clandestinas. El Congreso de dicha nación dio a conocer, por medio del llamado

No se quiere decir aquí que no exista gente decente en ninguno de los estados de la Unión. El problema es la caracterización estadounidense de la “decencia” individual y nacional. Ella se construye o se entiende al tenor de su noción de patriotismo y de su mitología sobre sí mismos. Esa definición los ha llevado a manifestar su muy singular decencia, por medio de desfachatadas presiones o intervenciones y/o derechamente de manera sanguinaria. No obstante, la visión sobre su propia superioridad los autojustifica y les da inmunidad moral. Los estadounidenses siempre han legitimado los crímenes y el atropello al Derecho Internacional de sus gobiernos, a la sombra de un supuesto *derecho* u *obligación* moral en tanto *pueblo superior*. De ahí se explica que, en pleno siglo XXI, Mitt Romney, ex gobernador de Massachusetts y candidato presidencial republicano, haya afirmado tajante que si llega a ser presidente: “Nunca, jamás, pediré perdón en nombre de Estados Unidos”. Romney (junto con atacar a Obama) confirma en sus palabras que un pueblo superior no debe rebajarse... ¡menos cuando no habría motivo alguno para pedir perdón!⁴³

Cuando en 2008 Condoleezza Rice, secretaria de Estado de Bush hijo, justificó la política exterior de la Unión, lo hizo en razón de un *deber* y “no porque queramos hacerlo”. Esas palabras acerca de que aquella política exterior es “una posición sana, la de una república y no la de un imperio”, las declara como estadounidense y no sólo en su calidad de alta funcionaria de la administración Bush. Esas explicaciones, obviando las evidentes sospechas de populismo y mercadeo político, expresan significados y valores compartidos históricamente por la ciudadanía de la Unión. En política exterior tienen el profundo convencimiento de que, *si es necesario*, pueden saltarse u obviar algunas normas. Mas, siempre tras de un *fin superior*. En tales casos “ilegal pero legítimo” ha sido y es su justificación.⁴⁴ Ese derecho y esa obligación puede ser parte de lo que definen por “decencia” o puede ser una franca expresión de su *barbarie*. He ahí el motivo de la alta peligrosidad del pueblo estadounidense.

Informe Church, que su gobierno intervino para evitar el triunfo electoral de Allende, luego su toma del mando y finalmente para derrocarlo. Debe recordarse que la clandestina intervención estadounidense, se ejerció en contra de un país democrático y de un gobierno ganador de elecciones libres, secretas e informadas.

⁴³ Una vez más es posible acudir al cine comercial estadounidense, para encontrar un ejemplo de la ideología del país *especial* y/o cómo se la refuerza. El héroe de la película “*Ironman I*” (Jon Favreau, 2008), es un fabricante de armas que nunca dudó del buen y legítimo uso que de ellas hacía la Unión. Su conflicto surge cuando otros usan esas armas: los *enemigos* de EUA quienes de por sí son *malvados* o los *malvados* quienes de por sí son *enemigos* de EUA... Ello valida asesinarlos.

⁴⁴ Frase pródigamente usada en 1999 para justificar que la OTAN, en realidad EUA, bombardeara Serbia.

Sin embargo, en el fondo, para quienes sufren las acciones de sus diversas administraciones, poco importa si su actitud sanguinaria y criminal obedece a una torcida manera de entender la decencia o a pura y simple barbarie.⁴⁵

Tampoco se quiere ignorar aquí la existencia de personas y grupos estadounidenses contrarios a los crímenes de sus diferentes gobiernos. El problema es que nunca han tenido el peso político para evitarlos antes de ser perpetrados o para detenerlos una vez en ejecución. Salvo, quizás, el caso de Vietnam. Pero, no puede dejar de acentuarse ese “quizás” cuando se toma en cuenta la duración de esa intervención y luego de la guerra abierta, los dineros invertidos, la cantidad de soldados enviados y el que sólo la derrota militar terminó con su presencia en el país. Con todo y sin pretender pecar de negativismo, tampoco es posible dejar de preguntar cuántas de las personas y/o grupos opositores a las agresiones externas de EUA, fundan su posición en el mito de la *nación moralmente superior*. En su caso específico, la fe en su especial condición los impulsaría a expandir la democracia y la libertad por un sentimiento benéfico.⁴⁶

Entre algunos ejemplos citables de esa irrestricta fe en su superioridad (esta vez) moral, se tiene que en 1846 congresistas norteros demócratas y *whigs* intentaron infructuosamente aprobar una enmienda para establecer la prohibición de la esclavitud en los territorios mexicanos... que anexaría la Unión a raíz de la guerra de explícito carácter expansionista contra dicho país (...y no deja de ser irónico que en todos esos territorios, la *raza* inferior y moralmente depravada de los mexicanos había declarado en 1821 ilegal la inhumana institución de la esclavitud).⁴⁷ Luego, a principios del siglo XX, se tiene el caso del periodista John Turner y su enérgica denuncia de la larga tiranía de Porfirio Díaz en México. El autor exponía los nexos del dictador con la Unión y el apoyo que le brindaba su gobierno, los medios de comunicación y los grandes capitalistas estadounidenses. Sin embargo, a su

⁴⁵ En su película “*Dogville*” (2003), el realizador Lars von Trier hace una excelente crítica a esa cultura estadounidense que esconde la maldad, el abuso y el crimen, tras de una aparente buena voluntad y mecanismos democráticos.

⁴⁶ Otro tipo de contradicción de las posturas antiimperialistas al interior de la Unión, se puede graficar en el variopinto movimiento contra la colonización de Filipinas a fines del siglo XIX: se oponía a la violación de los principios democráticos del consentimiento de los gobernados, sin nunca hacerlo por las primeras naciones en su propio territorio.

⁴⁷ Años antes Stephen F. Austin, el “padre” de Texas, describía y justificaba el conflicto armado entre los anglosajones de Texas y México, a través de los valores e instituciones republicanas que perseguía su “raza”: “una guerra de los principios bárbaros y despóticos, hecha por el mestizo hispano-indio y la raza negra, contra la civilización y la raza anglonorteamericana”.

vez, afirmaba convencido que “de todas las naciones, la norteamericana, es la única con virtud y capacidad suficientes” para ayudar a México. Otra muestra actual de esa visión se encuentra en las palabras de John Kiriakou, agente de la CIA quien formaba parte del equipo a cargo del secuestro y tortura de Abu Zubaydah, miembro de alto rango de al-Qaeda. Si bien en un principio el agente estaba de acuerdo en aplicarle el “ahogamiento simulado”, con el tiempo llegó a darse cuenta de que no debía hacerse: “porque nosotros somos norteamericanos [estadounidenses], y somos mejores que todo eso”. Este singular modo de verse a sí mismos, se puede encontrar hasta en el discurso de toma de posesión de Barack Obama: “Estados Unidos debe jugar su papel en anunciar una nueva era de paz (...) tenemos obligaciones que cumplir para nosotros mismos, nuestra nación, y el mundo”.⁴⁸

Esa dualidad entre un discurso altruista y una práctica criminal, a todas luces esquizoide, ya estaba presente en el nacimiento de la nación. Thomas Jefferson escribió en la *Declaración de Independencia* “que todos los hombres son creados iguales” y fueron “dotados por su Creador” de “derechos inalienables”: la “Vida, la Libertad y la búsqueda de la Felicidad”. Esos principios fueron firmados y defendidos por las armas por latifundistas esclavistas y un pueblo que, en su gran mayoría, veía en dicha aberrante institución una cuestión normal.⁴⁹ El mismo Jefferson no tenía problema alguno en oponerse *formalmente* a la esclavitud y a la vez ser propietario de esclavos (de unos doscientos liberó a sólo cinco). Fuera de ser abiertamente un segregacionista que manifestaba sin tapujos, que “las dos razas” debían estar separadas por “líneas imborrables de distinción entre ellas”.⁵⁰ La aparente ambigüedad de este Padre Fundador, se explica en parte por la cultura esclavista que estaba asentada desde la colonia y por la cual se podía escuchar que intervenir en el derecho a tener esclavos era una violación de la libertad...

⁴⁸ Los estadounidenses serían de tal inigualable particularidad, que lo único que en realidad los podría amenazar... ¡son ellos mismos! En una entrevista concedida el 2007, Colin Powell —ex general del Ejército de la Unión, ex asesor de seguridad de Reagan y ex secretario de Estado de Bush hijo—, se preguntaba retóricamente si el terrorismo era la mayor amenaza para su país. Se respondía que ningún terrorista puede “cambiar el modo de vida o el sistema político de Estados Unidos”, pues “Sólo nosotros podemos cambiarnos... Lo único que de verdad puede destruirnos somos nosotros mismos”.

⁴⁹ El escritor inglés Samuel Johnson, en un panfleto antinorteamericano de la época, ironizaba al respecto: “¿Cómo es que los VIVAS más fuertes por la libertad provienen de los propietarios de negros?”.

⁵⁰ Los cálculos políticos que pasan por encima de principios, en este caso supuestamente fundamentales para la nación, no son un exotismo de Jefferson. En el siglo XIX se tiene el caso de Zachary Taylor, héroe de la guerra expansionista contra México y futuro presidente de EUA: a fin de mantener la integridad del país, a pesar de ser él mismo propietario de esclavos, apoyó durante su campaña a la presidencia no extender la esclavitud a los territorios anexados o integrados a la Unión.

¡de los amos-propietarios! Mas, también se puede explicar en la particular opinión de Jefferson sobre los *negros*: a causa de su naturaleza “son inferiores a los blancos en los dones tanto del cuerpo como de la mente”. ¡No por nada los homologaba a los orangutanes!⁵¹

Esa esquizofrenia ideológico-práctica del pueblo estadounidense no escapó a las observaciones de Francis Trollope, inglesa que visitara la Unión. En la tercera década del siglo XIX, Trollope se refiere al voluntarismo ideológico que era violado de modo flagrante en el caso de los esclavos y las primeras naciones. Se podrá ver que sus palabras son aplicables a toda la historia de EUA... la única salvedad es que han ido variado las víctimas:

“Los ves con una mano enarbolar la bandera de la libertad y con la otra azotar a sus esclavos. Los ves una hora aleccionando a la multitud sobre los inexcusables derechos del hombre y a la siguiente expulsar de sus casas y sus tierras a aquellos [pueblos nativos] a los que habían jurado proteger en solemnes tratados...”

Al tenor de los hechos, se puede ver que esos “hombres” de la *Declaración de Independencia* nunca se entendieron de modo genérico. Jamás se pretendió hacer referencia a *todos* los miembros de la especie humana; o al menos, no a todos ellos en sentido pleno. Hasta no mucho tiempo fueron sólo los habitantes de EUA de *raza blanca*, cultura anglosajona y de religión reformada o protestante. Esa era la connotación tácita de considerarse una “república blanca”. Y ese principio básico de exclusión se mantiene vigente. Si bien, según las circunstancias, a través del tiempo la definición de “hombre” y/o “ciudadano” ha sido *ampliada* u *oscurecida*. Con todo, todavía muchos

⁵¹ De hecho, durante la guerra de independencia fundada ideológicamente en “que todos los hombres son creados iguales” —al determinar que la contribución económica de los estados se haría en proporción a sus habitantes—, se concluyó que los esclavos correspondían a 3/5 de una persona. Luego, las leyes prohibiendo el tráfico de esclavos aprobadas por varios estados de la Unión, tempranamente en el siglo XVIII, no significaron la abolición de la esclavitud ni el fin del tráfico; el cual siguió siendo legal entre los estados hasta entrado el siglo XIX. Tampoco las leyes permitiendo el voto de los *negros* significaron que en la práctica sufragaran o que tuvieran derechos civiles; y en el caso específico de los esclavos liberados por la Guerra Civil, no se les concedió igualdad ante la ley ni el voto... aspiración de *blancos* considerados *fanáticos*. Un dato no menor es que entre 1789 y 1860, los 2/3 de los presidentes habían sido latifundistas esclavistas sureños (y los más probable es que el otro tercio haya sido racista y segregacionista). En pleno siglo XX y en un esfuerzo por unificar a la nación durante la Segunda Guerra Mundial, el gobierno del progresista Nuevo Trato (*New Deal*) de Roosevelt, apeló a la diversidad étnica de la Unión... sin considerar dentro de ella a los *negros*. No por nada la cuestión de sus derechos civiles, se zanjaría recién en la segunda mitad del siglo XX y por su propia lucha. Y, nunca debe olvidarse, el racismo y la segregación afectó y afecta a diversas etnias *no blancas*.

estadounidenses sintetizan los requisitos para ser miembro *de derecho* o preferente de su pacto social: blanco, anglosajón y protestante (WASP, por sus siglas en inglés).⁵²

Un imperio predestinado

El pueblo estadounidense, al estar convencido de pertenecer a una nación elegida por Dios, para llevar adelante una misión redentora planetaria, termina concluyendo que sus *derechos-deberes* en las relaciones que establece con los demás países, fueron determinados por la propia Deidad. El agresivo fanatismo de George W. Bush no era una excepción o fruto de su singular personalidad. Era una expresión más de una fe nacional que no se limita a políticos, militares o predicadores. En la segunda mitad del siglo XIX, el escritor Herman Melville decía: “Nosotros los norteamericanos somos el peculiar pueblo elegido: el Israel de nuestro tiempo”. Por su parte, el clérigo y filósofo Ralph Waldo Emerson también afirmaba convencido: “nuestra historia entera parece ser un último esfuerzo de la Divina Providencia en favor de la especie humana”.

Hoy, gran parte de los y las estadounidenses no dudan de que vivan en una nación “regida por Dios”. Precisamente, “*under God*” es la afirmación contenida en el *juramento de fidelidad a la bandera!* hecho por los niños y jóvenes de las escuelas de la Unión.⁵³ He ahí el fundamento místico desde donde se deriva la firme creencia en su superioridad moral, racial, económica, política, jurídica, religiosa, nacional y cultural. Esa es también la fuente de la *legitimidad* y hasta *necesidad* de su agresivo voluntarismo. No por nada en su discurso de toma de posesión de la presidencia, John Kennedy sostenía que “los derechos humanos no proceden de la generosidad del Estado sino de la mano de Dios”. El primer gobernante de la Unión formalmente católico e ícono del progresismo de los años sesenta, es otro ejemplo de esa conjunción entre la voluntad de Dios y los actos de EUA:

⁵² La condición y los valores WASP, eran defendidos de modo explícito por el tristemente célebre y fundamentalista religioso puritano Ku Klux Klan. Pero, no puede obviarse, todavía una parte no menor de la ciudadanía estadounidense *blanca* —que no forma parte de ninguna sociedad secreta violenta y criminal—, también cree y promueve esa condición y sus valores asociados.

⁵³ Frente al explícito carácter cristiano de este juramento y su reconocimiento de que el país es gobernado por Dios, la ley de 1962 que prohibiera la oración en las escuelas públicas, en el fondo, no pasa de ser una anecdótica cuestión de segundo orden.

“Con la buena conciencia como única y segura recompensa, con la historia como juez final de nuestros actos, marchemos pues guiando la tierra que tanto amamos, invocando Su bendición y Su ayuda, pero conscientes de que aquí en la tierra la obra de Dios debe ser, en realidad, obra nuestra”

Los y las estadounidenses tienen el íntimo y firme convencimiento de pertenecer a una *nación extraordinaria*. Es única, especial, fuera de lo común. Su carácter sin parangón la haría diferente e incomparable a las demás. A través de la historia sus dirigentes han guiado su política exterior por esa idea y sentimiento. Al mismo tiempo, ellos han reafirmado e impulsado ese argumento, a fin de encontrar apoyo popular para su agresiva política exterior. Dado el consenso transversal e histórico al respecto, no hay que recurrir a un general en especial fascista ni a un predicador fundamentalista para descubrir casos de esa retórica. Basta recordar al “padre” del “Nuevo Trato”, el presidente demócrata Franklin Roosevelt:

“Sería particularmente insensato, desde puntos de vista políticos y psicológicos, permitir que la limitación de nuestros actos nos sea impuesta por cualquiera otra nación diferente de la nuestra”

La misma visión será afirmada más de cincuenta años después. Casi a comienzos del siglo XXI, John Ashcroft, ex senador republicano y ex fiscal general y secretario de Justicia, dirá sin el menor asomo de duda:

“Única entre las naciones, Estados Unidos de América ha reconocido la fuente de nuestro carácter como divina y eterna, no cívica o temporal. Y como hemos entendido que nuestra fuente es eterna, los Estados Unidos de América somos diferentes. No tenemos otro rey que Jesús”

Y en el 2006, en la Convención Anual de los Bautistas del Sur, Condoleezza Rice, secretaria de Estado del gobierno de Bush hijo, haría piadosas y belicosas declaraciones —a propósito de la libertad religiosa—, que suponen para EUA el rol de legítimo agente de la voluntad de Dios en la Tierra:

“La libertad religiosa es un objetivo que exige claridad moral. Y, señoras y señores, el mensaje de América [EUA] no puede ser más claro: los gobiernos no tienen ningún derecho a interponerse entre los individuos y el Todopoderoso (...) No dirigimos la causa de la libertad porque creamos que los pueblos libres estarán siempre de acuerdo con nosotros. No será así. Ese

es su derecho y América [EUA] defenderá ese derecho. Lo hacemos porque creemos, y porque vemos que nuestra creencia es válida, que la gente merece y desea vivir en libertad”

Las aseveraciones citadas de Kennedy, Roosevelt, Ashcroft y Rice dan cuenta de la plena certeza de ser los ejecutores de la voluntad divina en la Tierra y/o moralmente superiores. Ellas han sido y son el fundamento de la negación de todo derecho internacional y del fomento del unilateralismo, de la “guerra preventiva” y de las consecuentes agresiones militares y violaciones masivas a los derechos humanos. En esa lógica, desde fines del siglo XX, las élites políticas de la Unión vienen sosteniendo que la jurisdicción de los tribunales internacionales se ha “demostrado inapropiada” para el país; y que en general, EUA no está sometido a las leyes y normas internacionales. El principio jurídico básico de la universalidad de las leyes *no* es válido en su caso. Pueden hacer lo que está prohibido a todas las demás naciones; y al mismo tiempo, por medio de presiones y de la violencia, obligar a aquellas a respetar las leyes que la Unión viola.⁵⁴

No es raro entonces que Washington no haya ratificado los estatutos de la Corte Penal Internacional y es manifiesto que jamás lo hará. Por eso ha intentado hacer firmar a otros gobiernos tratados bilaterales, donde se comprometían a entregar ciudadanos estadounidenses a dicha Corte. No está en cuestión el carácter del delito que pudieran cometer sus nacionales, únicamente es relevante su ciudadanía estadounidense. Así, tampoco podrán extrañar las declaraciones del neoconservador Robert Kagan, quien trabajara en el Departamento de Estado a fines del siglo pasado, en cuanto a que el país no acatará las decisiones de la Organización de Naciones Unidas. Pues la mayoría de sus miembros serían “comunistas, no cristianos, dictaduras o antimercado”.⁵⁵

El convencimiento de no tener que dar cuenta a nadie en el mundo por sus actos, no es un mero arranque populista de algunos políticos estadounidenses. A pesar de que sí sea posible calificar de “populismo” a toda

⁵⁴ En esa misma línea, se rechazó internamente el ingreso de la Unión a la Sociedad de Naciones una vez terminada la Primera Guerra Mundial.

⁵⁵ Kagan, quien ahora es analista internacional, sostiene la existencia de una brecha entre dos occidentes: la débil Europa diplomática y los poderosos EUA dispuestos a usar la fuerza. Es la misma lógica expresada por Richard Holbrooke, secretario de Estado adjunto de la administración Clinton, acerca de la “nueva Europa” que apoyaba el uso de la fuerza y la “vieja Europa” que insistía en la *inútil* y *pusilánime* vía diplomática.

esa retórica nacionalista-religiosa, el punto es que debe admitirse cual dato de la causa, el que tal discurso haya tenido y siga teniendo tanto éxito entre la ciudadanía. Ello ocurre por ser parte de la propia *cultura* de EUA. Franklin Roosevelt, quien habría sido progresista y hasta fuera acusado de “socialista”, con algunas diferencias en la forma sostiene la misma mitología que Ashcroft, un derechista extremo y reconocido fundamentalista cristiano. No es monopolio de una derecha afiebrada la ideología mítica de creerse únicos, diferentes y superiores a todas las demás naciones. Por eso George W. Bush dijo luego de los atentados de septiembre de 2001: “Aquel que no está con nosotros está contra nosotros” y “sabemos que Dios no es neutral”. Lo hizo con una total convicción en sus dichos. Al igual que la inmensa mayoría de sus compatriotas, piensa que los EUA son sin duda una nación extraordinaria. Dios está con ellos: “*God bless America*”⁵⁶ es su mantra autojustificadorio. De ahí que Bush, en tanto cristiano fundamentalista, se atreviera en un primer momento a bautizar su *terrorista* guerra al terrorismo con el nombre de “Justicia Infinita”... ¡una acepción que a todas luces los convertía en el brazo armado de la divinidad!⁵⁷

Esa pretendida superioridad de EUA y su obediencia a un *código especial*, diferente al de todas las demás naciones, no es una idea nueva para su pueblo. El ya citado Thomas Jefferson, perteneciente a la generación de los fundadores de la Unión y su tercer presidente —o sea, uno de quienes trazó el plan original de la federación y comenzó a llevarlo a cabo—, había sostenido la misma idea en los inicios de la república:

“Sugiero firmemente que nuestras peculiaridades geográficas pueden exigir un código distinto de la ley natural para gobernar las relaciones con otras naciones”

En otras palabras, es tal la especificidad que Jefferson le concedía a EUA, ¡que ni siquiera se debería regir por la “ley natural”! O sea, por aquella ley que, como por ejemplo la legítima defensa, es evidente por la obviedad de sus dictados. Si antes se vio que la ley natural se estimaba que correspondía a la voluntad divina, los estadounidenses se regirían por una legislación todavía más singular y particularmente elaborada para ellos por *su* dios. Dentro de las

⁵⁶ “Dios bendiga a EUA”.

⁵⁷ La religiosidad estadounidense dio lugar a un debate interno a raíz de dicha denominación y al final se cambió el nombre de la operación, al consensuarse que la “Justicia *Infinita*” correspondía al propio Dios. Es obvio que el nombre fue también una torpeza política, al declararle al mundo hasta dónde llegaba su unilateralismo.

normas especialísimas de la Deidad, a ellos se los habría señalado con una *aún más especial* dada su condición de nación extraordinaria. Mitt Romney, candidato presidencial republicano, lo sostuvo el 2011 con plena claridad:

“Dios no creó a este país para que fuera una nación de seguidores. Estados Unidos no está destinado a ser uno de los varios poderes globales en equilibrio (...) Estados Unidos debe conducir al mundo o lo harán otros”

Es obvio que un pueblo con fervorosa fe en su posición preeminente en la Tierra, estime inaceptable someterse a las reglas o leyes vigentes para el resto. ¡Hasta de las evidentes en sí mismas! De donde se constata el por qué, a través del tiempo, ha violado la legalidad internacional desde su autoconstruida legitimidad mesiánica o ha asumido un marco normativo especial para sí. EUA estaría facultado por la más alta autoridad del universo para hacerlo en nombre de lo que ellos mismos, los fieles intérpretes de *su* propio dios, han definido como “Bien”. El cual, curiosa y casualmente, termina siendo el bien para sí mismos. *Ese pueblo es, a todas luces, un pueblo muy peligroso*. Más aún cuando, al destinar más del 20% del presupuesto nacional a objetivos militares, la capacidad de sus fuerzas armadas ha llegado a superar por lejos a la del resto de los países. Esa peligrosidad no es potencial: sus gastos de defensa no tienen objetivos disuasivos. Se sabe que la Unión no trepida en utilizar su poder de agresión. No tienen duda de que Dios, *su* dios anglosajón reformado, está con ellos. Al respecto William Boykin, general del Ejército de los EUA y cristiano evangélico, decía lleno de fervor en 2003:

“Nosotros, el ejército de Dios, en la casa de Dios, en el reino de Dios, hemos sido educados para esta misión”⁵⁸

Con todo, cuando se conoce la cultura estadounidense, se sabe que ese agresivo delirio religioso-nacionalista de un militar, nada le puede envidiar al más fanático y sectario de los pastores. En la Unión la religión y la guerra han sido y son parte de un mismo sistema. El predicador Pat Robertson, figura consular del actual fundamentalismo cristiano en EUA, señala en el mismo sentido expresado por Boykin:

“No habrá paz en el mundo hasta que la casa de Dios y el pueblo de Dios lleguen a ocupar el lugar justo de liderazgo en todo el mundo (...) La paz sólo

⁵⁸ Ese mismo año, Boykin fue designado subsecretario adjunto de Inteligencia del Departamento de Defensa. Si ya el nombramiento para dicho cargo de un fanático tal es decidor del espíritu religioso estadounidense, definitivamente lo es el mantenerlo en su puesto luego de sus declaraciones.

llegará cuando proceda de la influencia benévola de Dios Todopoderoso, por medio del pueblo dedicado a su servicio que constituye ‘su casa’ ”⁵⁹

Esa autoidentificación como “pueblo elegido” y con una “misión divina” es histórica. Ella se deja notar desde la llegada e invasión de los primeros colonos, pasando por la acción separada de las diferentes colonias, al nacimiento y expansión de la Unión. Esos colonos puritanos, los llamados “Padres Peregrinos” llegados en el siglo XVII y sus descendientes directos, pretendían fundar la “Nueva Jerusalén” en el “desierto”. Según John Winthrop, primer gobernador de Massachusetts, los puritanos habían “celebrado una Alianza con *Él*”: “nos ha elegido para ser suyos de la manera más estricta y peculiar”. Basado en ello, afirmó que Nueva Inglaterra era un ejemplo a la vista de todo el planeta, una “Ciudad sobre una Colina”. En su fideísmo, los primeros puritanos llegaron a ver en sus colonias una especie de nuevo mundo de índole espiritual creado por la Deidad.

Sin embargo, al no estar exactamente desiertos los territorios que pretendían ocupar, no dudaron mucho en exterminar con la venia de *su* dios a los ocupantes nativos.⁶⁰ En ese espíritu se entiende la alegría y agradecimiento de los puritanos de Charlestown, por el “golpe terrible enviado por Dios contra los indígenas” en 1633-34. Se referían a la *providencial y benéfica* epidemia de viruela que aniquiló a varios miles de personas, y dejó las tierras a disposición de los colonos... Quienes, para su regocijo, no debieron gastar dinero en comprarlas. Por su parte, William Bradford, gobernador “peregrino” de Virginia, relataba la cruenta masacre de una aldea pequot en 1637, que los puritanos “agradecieron con oraciones a Dios que había obrado maravillosamente a su favor”.⁶¹ A pesar de lo espantoso que fue ver “a aquellos

⁵⁹ En un arranque de caridad cristiana, Robertson pidió el 2005 asesinar a Hugo Chávez, presidente constitucional de Venezuela: “No necesitamos otra guerra de 200 mil millones de dólares para deshacernos de un dictador [sic!]... Es mucho más fácil enviar agentes clandestinos a hacer la tarea de una vez”.

⁶⁰ A pesar de la mitología estadounidense acerca de las “desiertas” tierras americanas a la llegada de los “peregrinos”, para su *fortuna* esas tierras sí estaban habitadas. Recuérdese que en el primer invierno en América murieron casi la mitad de los colonos por hambre y necesidades, y fueron los wampanoag quienes los salvaron de perecer al enseñarles a sembrar el maíz y otros productos nativos, a cazar y pescar. A la fecha, en la Unión se sigue celebrando a fines de noviembre el Día de Acción de Gracias... a Dios, por esa abundante primera cosecha que salvó a los peregrinos. Estos, en una muestra de su agradecimiento y piedad cristiana, no tardaron en comenzar el genocidio de las primeras naciones. No por nada estos pueblos conmemoran, cada 22 de noviembre, el Día Nacional de Luto de los Indios Nativos Americanos.

⁶¹ Las masacres perpetradas por los muy devotos colonos, no eran acciones excepcionales. Así lo

indios freírse en el fuego” y del horrible hedor de los cuerpos quemados, “la victoria nos pareció un dulce sacrificio [¿un holocausto al modo bíblico?] y dimos así las gracias al Señor en recompensa”.⁶² Incluso, el reverendo Salomón Stoddard escribió al gobernador Dudley, a fin de calmar sus aprensiones por la masacre de los pequot: “Pero no vamos ahora a discutir sobre tal punto. Tenemos más que suficiente luz, recibida a través de la palabra de Dios, para abonar nuestros actos”. Y agregaba el buen pastor más argumentos, no menos atroces y apoyados asimismo en la *Biblia*, para legitimar religiosamente la masacre de las primeras naciones:

“Cuando un pueblo ha llegado a semejante arrogancia, ceguera y pecaminosidad contra Dios y contra los hombres y asimismo contra todos los confederados [los colonos puritanos pactados entre ellos y con Dios], entonces no siente Él amor por las personas sino que experimenta pesar por ellas; las mira con tristeza; las hace pasar a cuchillo y las condena a muerte. A veces las Escrituras expresan que las mujeres y los niños deben seguir la suerte de sus padres”⁶³

Años más tarde, en 1662, el pastor reformado y popular poeta Michael Wigglesworth, en una opinión común de la época, llamaba a los miembros de las primeras naciones “infernales diablos y salvajes adoradores de demonios”. En ese contexto de rabiosa religiosidad, concebir en tanto demonios a los ocupantes de las tierras que se codiciaban, ha de haber sido un argumento de peso, eficaz y tranquilizador. Tanto para asesinarlos, como para apropiarse luego de su territorio y expulsar o esclavizar a los sobrevivientes. En todo caso, el piadoso vate expresaba una creencia compartida entre los colonos puritanos, al señalar que Nueva Inglaterra era territorio de Dios y por eso mismo tendría un destacado rol a futuro:

demuestran las contra los powhatanos en 1623, contra los doegs y susquehannocks en 1675 y contra los wampanoags en 1676-1677 (...pueblo que, como se expone en la nota anterior, ¡los había salvado de morir!).

⁶² Bradford es el mismo que, en 1620, había llamado “instrumento enviado por Dios para su bien [de los colonos]” al nativo Squanto, quien hasta su muerte ayudó a los residentes de Plymouth como intérprete, enseñándoles a sembrar maíz, dónde pescar y siendo su guía.

⁶³ En 1637 el capitán John Mason, al rememorar la masacre de una aldea pequot —en una especie de profecía de lo que será luego el proyecto imperialista republicano—, deja ver la síntesis de religión y sed de tierras: “Dios se reía con desprecio de sus enemigos y de los enemigos de su pueblo, convirtiéndoles en teas humanas (...) El Señor tuvo a bien destruir a nuestros enemigos y darnos su tierra por herencia”. Ya para fines de siglo, esas masacres dieron fruto a los “elegidos”, como afirmaba en la década de 1690 John Archdale, gobernador de Carolina: “la mano de Dios se ha visto claramente en el debilitamiento de los indios, para hacer lugar a los ingleses”.

“Donde Satán tuvo su cetro
Durante muchas generaciones,
El Rey de Reyes estableció su trono
Para gobernar entre las naciones”⁶⁴

Casi cien años después, John Adams, uno de los “Padres Fundadores” de EUA y su segundo presidente, mantenía viva la idea de un pueblo elegido por voluntad divina. En 1765 escribió en su diario respecto al para él mítico asentamiento de los inmigrantes puritanos por medio de la conquista:

“Siempre pienso en la colonización de América [EUA] con reverencia y asombro, como el inicio de un gran escenario y designio de la Providencia para la iluminación del ignorante, y la emancipación de la parte esclavizada del género humano en toda la tierra”⁶⁵

Después de estructurarse las trece colonias y luego la Unión, la piedad puritana ya estadounidense propiamente tal, seguía convencida de la preferencia divina. La conformación de la República llegó a tenerse por un signo del inicio de un milenio de felicidad, paz y progreso. En esa *edad dorada* su población jugaría, con la anuencia de *su* dios, el rol de irradiar su esplendor al resto de las naciones. A fines del siglo XVIII, Thomas Jefferson mostraba su certeza de que “el pueblo norteamericano era un pueblo elegido, dotado de fuerza y sabiduría superiores”, “la más pura esperanza del mundo”. No por nada, en la *Declaración de Independencia*, expresó su “absoluta confianza en la protección de la Divina Providencia” a la nueva República. Por su parte, el “venerable” Benjamin Franklin, otro de los “Padres Fundadores” y un esperanzado de que el país fuera exclusivamente de conformación *racial* anglosajona, también compartía esa fe en que la Providencia había reservado a EUA un lugar preeminente en la lucha por la felicidad de la humanidad. Asimismo George Washington, sacristán anglicano en su pueblo antes de dedicarse a la vida militar y política, hacía constantes referencias en sus discursos a la Providencia, sobre todo al referirse a EUA. No es extraño entonces que John Adams, su sucesor en la primera magistratura, deseara

⁶⁴ Esa identificación de los nativos con Satanás, no era nueva entre estos fanáticos religiosos y de la apropiación de tierras ajenas. Ya en la década del '20, sir Edward Coke exponía la perpetua enemistad entre los cristianos y las primeras naciones: “entre ellos, como con los diablos, cuyos súbditos son, y los cristianos hay una hostilidad perpetua, y no puede haber paz”.

⁶⁵ Lo más probable es que la referencia a la esclavitud, sea a una de tipo política o espiritual: la opresión de las monarquías europeas o el encadenamiento al pecado y/o el desconocimiento del Cristianismo respectivamente. El acuerdo de Adams con la esclavitud, le impedía ver las contradicciones entre sus palabras y lo que estaba frente a sus ojos.

celebrar cada año la independencia de la nueva República “con actos solemnes de devoción a Dios todopoderoso”. Tampoco es raro que en 1789 la Cámara de Representantes estableciera por ley, y por un amplio margen, un día nacional de oración y acción de gracias. El pueblo de la nueva Unión estaba conciente de su deber de glorificar a la divinidad por haberlos elegido y por gozar de las consiguientes dádivas de *Su* gracia.

En el siglo XIX, seguía intacta la fe estadounidense en su elección como pueblo y en el consecuente rol especial que debían desempeñar en el mundo. La continuación del genocidio de las primeras naciones del país y la violenta anexión de la mitad de lo que era México, se justificó en ambas cámaras del Congreso y en la prensa expansionista por la urgencia de obedecer el designio bíblico que *les* mandaba hacer fructificar la tierra. Esta se mantendría infértil de seguir en manos de *razas inferiores*: el mestizaje en esas ex colonias españolas —¡fuera de ser considerado una violación de las leyes naturales!—, había dado a luz una *raza* de “imbéciles y pusilánimes”, “incapaces de controlar los destinos de aquel bello país”. Era obvio que eran los anglosajones estadounidenses los indicados para apropiarse de México y así hacerlo fructificar.⁶⁶

En ese mismo sentido bíblico y en cuanto al Oeste, Andrew Jackson, séptimo presidente de EUA y sanguinario azote de las primeras naciones, se preguntaba retóricamente: “qué hombre de bien preferiría un país cubierto por bosques y habitado por unos miles de salvajes a nuestra extensa república (...) ocupada por más de 12.000.000 de gente feliz y dotada de todas las bendiciones de la libertad, la civilización y la religión”. Luego, a decir de William Harrison, noveno presidente de la Unión, no se podía dejar “como guarida de unos pocos salvajes miserables”, una tierra destinada por el “Creador” para “sustentar a una gran población y a ser la sede de la civilización, de la ciencia y de la verdadera religión”.⁶⁷ Se entiende que cuando Jackson y Harrison hablan de religión, están haciendo referencia al Cristianismo; y en específico, a su interpretación reformada. Y, en segundo lugar, que establecen una relación entre “civilización”/religión reformada y el pueblo que impone la “civilización” por profesar esa religión. De ahí que fuera impensable oponerse

⁶⁶ El racismo estadounidense que apoyaba la conquista hacia el Sur, queda aún más en evidencia cuando se sabe que Canadá siempre estuvo en la mira de los expansionistas. Pero, al tenérsela como una nación *racialmente* hermana, debía ser *atraída* a la Unión; no tomada por la fuerza.

⁶⁷ George Washington había dado muestra de un espíritu racista *práctico*, al proponer la compra de tierras de las primeras naciones en vez de la guerra. Pues, era inexorable que la superioridad de los *blancos* se impondría a la larga: “la extensión gradual de nuestros asentamientos forzará ciertamente al salvaje a retirarse como el lobo; ambos son bestias de presa aunque difieran en su conformación”.

a que ese pueblo *civilizado* y *civilizador*, tomara posesión de esas tierras “desiertas” que era América del Norte.⁶⁸

Por su parte Abraham Lincoln, el decimosexto presidente de EUA, también afirmará la singularidad de su nación, al tener la plena certeza de que era “la última y mejor esperanza para la humanidad”. La íntima relación entre Dios y la Unión seguía siendo un hecho evidente para su pueblo. En 1876 el historiador George Bancroft, comienza su *Historia de Estados Unidos* declarándolo:

“El objeto de esta obra es explicar los pasos mediante los que una providencia favorecedora que da vida a nuestras instituciones ha conducido al país hacia su actual felicidad y gloria”

El advenimiento del siglo XX no varió la visión estadounidense de su rol singular y crucial en el mundo. Durante la segunda mitad de esa centuria, a la par de la propaganda libertaria y democrática, la lucha anticomunista no pocas veces fue caracterizada, legitimada y sostenida a modo de una *cruzada* religiosa de combate contra el *ateísmo*. Es más, ¡contra el *satanismo* del enemigo! EUA no sólo era la nación llamada a enfrentarlo, sino la única capaz de hacerlo.⁶⁹ A mediados del siglo pasado, el Pentágono distribuía material a las iglesias asegurando que la nación estaba del lado de Dios y su ejército “empeñado en un combate mortal con las fuerzas enemigas de Dios”.⁷⁰ En la década de los cincuenta, el mismo Pentágono compuso una oración y solicitó

⁶⁸ Dentro de los pseudoargumentos de legitimación del expolio de las primeras naciones —sin duda falso, pero no por ello menos vigente hasta hoy—, se tiene el desvergonzado mito de una tierra “desierta” o a lo más ocupada por *apenas* unos cuantos “salvajes”, quienes por lo demás desperdiciaban aquel inmenso potencial. Ya en 1620, el antes citado William Bradford, hablaba de “vastas regiones vacías de hombres que, a pesar de ser fértiles y propicias a la habitación, están desprovistas de habitantes civilizados y ocupadas tan sólo por algunas bestias salvajes que recorren el país de arriba abajo y difieren muy poco de los animales salvajes que hacen lo mismo”. A decir del cherokee Jimmie Durham, la “narración Maestra” de EUA sobre sí mismos y las primeras naciones, ha sido una serie de sucesivas justificaciones falaces que en su momento se han ido aceptando sin discusión: a la llegada de los colonos no habían indios; estos “salvajes” necesitaban de EUA; todos los “indios” murieron; y finalmente, los “indios” están contentos con la situación o no son ya los verdaderos “indios”.

⁶⁹ Los nexos entre fundamentalismo puritano y anticomunismo, y en general con el antirradicalismo, no son nuevos en la Unión. Un ejemplo de aquellos fue a partir de la década de los veinte del siglo pasado el devoto Ku Klux Klan, que no sólo era racista *antinegro*: también antisemita, anticatólico, antiextranjero y antirradical (siendo durante esos años, para la dominante opinión pública conservadora, la condición de extranjero y radical casi sinónimas).

⁷⁰ Si bien, curiosamente, se hacía la singular salvedad de que no era su intención afirmar que “el destino de esta nación... esté ligado inseparablemente al propósito divino de la historia”.

se rezara en todas las iglesias del país en el Día de las Fuerzas Armadas. Estas estaban abocadas a defender EUA y su forma de vida, y asimismo su religión:

“Humildemente rogamos tu bendición, Padre Celestial, sobre las armas de nuestra nación en la tierra, en el mar y en el aire, mientras resguardamos los baluartes del mundo libre en defensa de nuestros hogares, nuestro país y tu legítimo lugar en el alma del hombre”

Otros ejemplos de ese espíritu de cruzada, de deber autoasumido, se pueden encontrar en el interior del movimiento religioso estadounidense. En plena guerra de Corea, el cardenal católico Francis Spellman comparaba las actividades militares con los actos y voluntad divina. Respalda la participación de EUA en la guerra, en razón de “mantener la paz y la libertad que Dios nos legó”. Entre los evangélicos se puede recurrir al predicador Billy Graham, para graficar la creencia en un conflicto espiritual entre el mundo cristiano y el reino del mal. Graham señalaba que la “fe en Jesucristo” era la mejor defensa de los “Estados Unidos cristianos” contra el comunismo “dirigido por Satanás”:

“Sólo cuando millones de estadounidenses se entreguen a Jesucristo en esta hora y lo acepten como su Salvador, puede esta nación evitar los ataques violentos de un comunismo poseído por el demonio”⁷¹

Esos mensajes en contra del comunismo por ser una fuerza mística del “Mal”, no se explican simplemente por el enfermizo macartismo y su enajenada fijación por encontrar comunistas, traidores y a cualquiera que efectuara “actividades antinorteamericanas [antiestadounidenses]”. A través de los años, la concepción ideológica de un conflicto de índole celestial en la Tierra en el cual los EUA son protagonistas, no perdió vigencia ni seguidores. Todavía en la década de los ochenta, a pocos años de producirse el “triumfo” de la “civilización cristiana occidental” con la caída del Muro de Berlín, estaba viva la fe en un enfrentamiento contra las fuerzas demoníacas. El presidente Ronald Reagan —quien en 1984 durante su campaña a la reelección aceptó públicamente que los signos de los tiempos indicaban el cumplimiento de las profecías bíblicas sobre el Armagedón—, planteaba cuestiones similares a las de los religiosos citados y en un lenguaje también místico. Todo ello tras la seguridad de que los EUA eran los señalados para enfrentar al “Mal”:

⁷¹ Hasta en películas animadas para niños se insiste en la satanización del comunismo. El film “*Anastasia*” (Don Bluth y Gary Goldman, 1997), explica la revolución contra la dinastía Romanov por medio de una intervención demoníaca que vino a destruir el mundo *ideal...* de la nobleza.

“Son ellos, los comunistas, el verdadero foco del mal en el mundo. Los que consideran la carrera armamentista como un malentendido o los que no saben leer en los hechos de la historia la penetración del imperio del mal, se apartan de la lucha entre la verdad y el error, entre el Bien y el Mal. El pecado está presente en el mundo, y en la Escritura el mismo Señor Jesucristo nos ha encomendado que nos oponamos con todas nuestras fuerzas”⁷²

Se puede ver con claridad la continuidad del espíritu religioso-reformado estadounidense y su síntesis con el nacionalismo. En otras palabras, la idea y sentimiento de ser un “pueblo elegido” con una “misión divina”. Que Ralph Waldo Emerson, aun siendo un clérigo algo heterodoxo, haya dicho que el nombre de EUA era visto en su época como “sinónimo de religiosidad”, es para ese pueblo una correcta descripción del pasado de su nación y una afirmación todavía hoy efectiva u obvia. Pero, no es que los y las estadounidenses sean sencillamente un pueblo religioso. Se trata de que esa devoción puritana conlleva la concepción de nación extraordinaria; y una que por ende tiene una misión extraordinaria (la cual se ha materializado a través del tiempo en diferentes objetivos particulares). Ambos son aspectos inseparables y cada uno implica al otro: *al ser cristianos tienen una misión y tienen una misión porque son cristianos*. Esa relación explícita es tan evidente que, a la larga, ha llegado a ser implícita.

Así, en cuanto a esa religiosidad y sus implicancias, no por nada a la fecha la Unión es el país con más centros de culto *per cápita* del mundo. A fines del siglo XX, el historiador Gary Wills mostró que encuesta tras encuesta se confirma la devoción de los y las estadounidenses: nueve de cada diez no tienen dudas acerca de la existencia de Dios, ocho de cada diez creen que algún día afrontarán el juicio divino para responder por sus pecados y ocho de cada diez tienen fe en que Dios obra milagros. También a fines del siglo pasado, un estudio de Gallup dio cuenta que el 94% de la ciudadanía declaró creer en Dios, el 88% su seguridad de ser amados por *Él* y el 90% que rezaba. En 2004, otra encuesta Gallup en relación a la teoría de la evolución, arrojó que un 45% de los estadounidenses expresó estar de acuerdo con que “Dios creó a los seres humanos casi en su forma presente, de una sola vez, hace cerca de diez mil años” y un 38% aceptó la evolución de la humanidad durante millones de años fue un proceso guiado por Dios. También a principios del

⁷² Más allá de la opinión que se tenga del régimen cubano, la homologación entre comunismo y satanismo no puede dejar de tomarse en cuenta para explicar la saña de Washington contra la isla. Tampoco ha de ser menor la *afrenta* de no poder derrotar, en más de cincuenta años, a un pequeño país tercermundista y *racionalmente inferior*.

siglo XXI, unos 50 millones de cristianos evangélicos estadounidenses se oponían al plan de paz entre Israel y los palestinos del propio fundamentalista George W. Bush: la entrega a los últimos de parte de la tierra prometida por Jehová a los judíos, retrasaría la segunda venida de Jesús.⁷³

En tal sentido, el poder que en EUA tuvo la acusación de “comunista” y siempre ha tenido la de “antipatriota”, radica en que implican una imperdonable traición a la comunidad y a su misión divina. Recuérdese la abrumadora votación con que representantes y senadores republicanos y demócratas aprobaron la *USA Patriot Act* de Bush hijo.⁷⁴ En un momento en el cual se exacerbó aún más la retórica patrioter omnipresente, casi nadie se atrevió o quiso votar en contra de una ley abiertamente represiva, en base a la creación de la vaga figura de “terrorismo doméstico”. Con ello se dio luz verde al aumento desmesurado del poder del Ejecutivo y a la violación de los derechos civiles de los propios ciudadanos de la Unión, y de los derechos humanos de cualquier extranjero residente. Esa misma fuerza simbólica y emocional del nacionalismo y/o el consiguiente temor a ser sindicado de “antipatriota”, determinó, en un principio, el irrestricto apoyo de ambos partidos hegemónicos a la segunda guerra de Irak. De hecho, la mayoría demócrata del Congreso la siguió financiando mientras fingía oponérsele ante los medios de comunicación.

Pero, en EUA el antipatriotismo conlleva asimismo el sentido de lo *herético*. Se refiere a la negación de lo que *es* en sí el país y la particularidad que lo *hace ser lo que es*: una nación extraordinaria señalada por Dios para regenerar el mundo mediante la generalización de su religión reformada, su cultura, y sus instituciones políticas y económicas. A través del tiempo, a estas últimas se las identificaba con la democracia liberal burguesa y el capitalismo moderno (primero con un libre mercado interno protegido del exterior y

⁷³ Al tomar en cuenta el rol de la ocupación israelí de las tierras *históricas*, para el cumplimiento de las profecías bíblicas sobre la segunda venida de Jesús, se puede especular que el irrestricto apoyo de EUA a Israel pasa de ser el esperable para sólo un aliado político en Medio Oriente.

⁷⁴ En octubre de 2001, Bush firmó una ley denominada “Uniendo y Fortaleciendo América [EUA] para Proveer las Herramientas Apropriadas y Requeridas para Interceptar y Prevenir el Terrorismo”, la cual en un arranque de inspiración fue pensada para conformar en inglés la sigla *USA Patriot Act* (*Decreto Patriótico de EUA*). En el fondo, esta ley pudo usarse para reprimir cualquier acto de desobediencia civil y les dio amplias facultades a la Oficina Federal de Investigación (FBI, por sus siglas en inglés) y a la CIA: se les autorizó escuchas telefónicas, intercepción de correo electrónico, revisión de fichas médicas, financieras y estudiantiles, y allanar recintos privados sin notificar a sus dueños. Incluso, bajo esta ley y otras legislaciones relacionadas, residentes no ciudadanos fueron deportados o detenidos indefinidamente sin un debido proceso.

después con uno internacional liberalizado). Desde la última parte de la pasada centuria, ese modelo exportable se ha radicalizado o especificado todavía más en el último eslabón de la Ilustración: el Neoliberalismo. El escritor Lawrence Wright expone el sentimiento vivo de la cultura estadounidense hacia fines del siglo XX:

“Los Estados Unidos tenían una misión, que considerábamos divina, de difundir la libertad, y la libertad significaba democracia, y la democracia significaba capitalismo [de libre mercado], y todo eso significaba el estilo de vida estadounidense”

En particular, esa conexión entre una nación cristiana y capitalismo moderno no es nueva. Tampoco lo es la política exterior del tipo cruzada a que da lugar. Ya la había expresado, a fines del siglo XIX, el presidente republicano William McKinley: “la gente de este país quiere mantener el honor financiero del país con tanta devoción como mantienen el honor de la bandera”. Los actuales imperialistas benignos, los multilateralistas, los cruzados antiterroristas y los cristianos evangélicos hubieran aplaudido a rabiar al senador Albert Beveridge, quien en 1900 proclamaba que los EUA no renunciarían a “la misión de nuestra raza, administradora, Dios mediante, de la civilización del mundo”. En pleno siglo XX, John Foster Dulles, secretario de Estado del presidente Eisenhower, señalaba que “Para nosotros hay dos clases de personas en el mundo: los cristianos que apoyan la libre empresa y los otros”.

Lo singular es que este país, que se dice “cristiano”, termina rescatando el libre mercado y su expansión mundial para *su* propio provecho. Inaugurando este siglo, el presidente demócrata William Clinton en su discurso sobre el estado de la Unión del año 2000, expresó sin tapujos ni eufemismos qué es para ellos la globalización: un medio para “realizar todas las oportunidades de nuestra economía”. La nación extraordinaria a la cual se le han encargado deberes extraordinarios que cumplir, obviamente ha de ser señalada y recompensada con beneficios extraordinarios... Más allá que sea a costa de las naciones ordinarias.

El imperio y *su* “patio trasero”

Al comprender el imperialismo cual parte integrante y fundamental de la cultura estadounidense, en tanto un mecanismo irremplazable para sostener su estilo de vida, se hace manifiesto a qué responde la actitud de

dicho país hacia las naciones ordinarias de América Latina... tan lejos de Dios y tan cerca de EUA.

Durante su historia la región ha estado sujeta a presiones de todo tipo por parte de la Unión (como antes lo fue de potencias europeas). En 1823, los “americanos” dieron comienzo oficial a su política de dominio continental, al aclararle a la Santa Alianza europea que América era para los “americanos”. La llamada Doctrina Monroe —cuyo nombre se debe al presidente para quien a mayor expansión, mayor felicidad de su nación—, pasó a ser un sobrentendido y la esencia de la política exterior de EUA hacia sus vecinos del Sur. En el mensaje presidencial de 1823, se *invitaba* a las potencias europeas a no intervenir en el coto de la Unión. En ese “principio”, decía sin tapujos James Monroe, estaban “implicados los derechos e intereses de Estados Unidos”. La alocución se adornaba con el apoyo a la libertad y autogobierno de los latinoamericanos, junto con loas al suyo propio por ser un sistema “bajo el cual hemos gozado de una felicidad sin ejemplo”. Formalidades que no alcanzaban a opacar, el que Monroe sostuviera que su doctrina buscaba la protección de los “derechos” de su nación “consagrada”. Consagración reflejada en las afirmaciones de Mary Baker Eddy, fundadora de la nativa Iglesia de la Ciencia Cristiana: “Creo estrictamente en la Doctrina Monroe, en nuestra Constitución y en las leyes de Dios”. No erraba Simón Bolívar cuando, tan sólo seis años después del discurso de Monroe, afirmaba que los EUA “parecen destinados a plagar la América [Latina] de miserias a nombre de la libertad”.⁷⁵

Si hasta el poeta Walt Whitman, en la segunda mitad del siglo XIX, urgía por la extensión de EUA hacia el Sur del continente. Empezando por México, al ser un país que en su opinión “debe ser corregido a fondo”. Celebraba a su república imperial escribiendo: “Yo canto al nuevo imperio”. De hecho, el poeta sostenía la misma premisa de Monroe en cuanto a que la expansión engendraba “felicidad humana y libertad nacional sin paralelo”. Por su parte, el senador Henry Clay profetizó apoyándose en sus esperanzas imperiales: “Está en nuestro poder la creación de un sistema del cual seremos el centro y en el que toda la América del Sur actuará con nosotros”. Entonces, no pueden parecer extraños los dichos de 1912 del presidente republicano

⁷⁵ La claridad de Bolívar para juzgar a EUA, explica la animadversión de Washington contra él y sus planes de conformar una “Patria Grande”. Por ejemplo, en 1827 el cónsul de la Unión en Lima enviará al Departamento de Estado una carta a propósito del fracaso del “Congreso Anfictiónico” de Panamá: “La esperanza de que los proyectos de Bolívar están ahora efectivamente destruidos es una de las más consoladoras. Esto no sólo es motivo de felicitación en lo relativo a América del Sur (...) sino que también Estados Unidos se ve aliviado de un enemigo peligroso en el futuro”.

William Taft: “El hemisferio todo nos pertenecerá, como de hecho, ya nos pertenece moralmente, por la virtud de la superioridad de nuestra raza”.

Pero, a estas alturas de lo expuesto, tal vez no se deba juzgar mal a los y las estadounidenses. No es su culpa. Simplemente cargan estoicos, ya lo decía el presidente John Quincy Adams, con el hecho de que son una nación “destinada por Dios y la naturaleza a ser el pueblo de mayor poder y población que se haya jamás reunido bajo un pacto social”.

A la fecha los líderes latinoamericanos, salvo contadas excepciones, actúan como si la política de EUA hacia la región no hubiera sido imperialista y no lo siguiera siendo. Ante las acciones encubiertas o explícitas de dicha nación contra los países latinoamericanos, desde por lo menos el siglo XIX, es casi incomprensible tanta falta de conciencia nacional, regional e histórica. ¿Es que no hemos aprendido nada?⁷⁶ Por ello, no se puede dejar de pensar en un servilismo interesado, en un temor indigno de quienes han asumido la tarea de ser fieles mandatarios de sus pueblos o en una falta ya no sólo de inteligencia, sino hasta de sentido común. ¿Quién entiende a la presa buscando ansiosa la compañía del cazador?!... ¿El masoquista tras el sádico?

Para nadie puede ser un misterio que América Latina representa para EUA un papel de emporio de materias primas, mano de obra barata y mercado para sus productos (junto a apoyo político y votos en las organizaciones internacionales). ¿Quién podría creer que los intereses de la región son los mismos del vecino Imperio del Norte y que en ese supuesto empeño común nos tienen por sus amigos, sus socios y sus iguales? No es necesario ser parte de las altas esferas políticas para saber la verdad. En el siglo XIX, el ya citado presidente John Quincy Adams, expuso la esterilidad de los esfuerzos para convencer a las demás naciones de que “no somos un pueblo ambicioso”. Según él, esa actitud “no tendrá otro efecto más que el añadir a nuestra ambición la hipocresía”.

Mas, no hacen falta las palabras de Adams para caer en cuenta de las intenciones de EUA. El proyecto estadounidense, su “destino manifiesto”, ha sido *siempre* evidente y público. Su histórica sinceridad para proclamar

⁷⁶ En 1962, durante la administración Kennedy, el Departamento de Estado presentó al Senado estadounidense una lista donde se exponía que entre 1798 y 1895, se habían realizado 103 intervenciones en asuntos de otros países, muchos de ellos latinoamericanos. El documento citaba tales precedentes para justificar el uso de la fuerza contra Cuba. Cabe señalar que durante el interrumpido mandato de Kennedy, se realizaron un total de 163 acciones encubiertas.

sus propósitos llega a ser insólita. Repásense por ejemplo las citas que aquí se han expuesto. Sólo hace falta ser medianamente informado y mínimamente perspicaz para reconocer esas intenciones. Las siguientes afirmaciones de Philip Agee, fallecido ex agente de la CIA devenido a escritor crítico de su país, no son ninguna novedad para cualquier latinoamericano que no quiera cerrar los ojos:

“Los intereses de Estados Unidos están definidos como el acceso sin obstáculos a los recursos naturales, a la mano de obra y a los mercados de terceros países (...) Países como los de América Latina son los que garantizan la prosperidad de Estados Unidos”⁷⁷

Nadie podría reprochar a un gobierno buscar el bienestar de su propia ciudadanía. Hasta podría ser comprensible intentarlo ignorando a las demás naciones o sin integrarse con ellas. Lo inadmisibles es prosperar a partir de la construcción de un Imperio y de una política imperialista. Es inadmisibles hacerlo a costa del bienestar y la libertad de otros pueblos, a través de presiones políticas y económicas ilegítimas o de forma derechamente ilegal y violenta. Los intereses de EUA no pueden ni deben estar por encima de los del resto de la humanidad. Menos ser impuestos y resguardados por la fuerza. Su excluyente y agresivo proyecto imperial no puede ni debe aceptarse.

En Chile, el gobierno “socialista” de Ricardo Lagos, fue una muestra del masoquista en busca del sádico. No obstante las recomendaciones de la historia y hasta los reparos del sentido común, Lagos y la Concertación se empeñaron tozudamente en firmar un tratado de libre comercio con EUA. Lo que, al final, se hizo sin ningún debate a nivel país y ni siquiera tras una campaña de información. Lo único que se escucharon fueron declaraciones exitistas y de un mediocre chovinismo, el cual se enorgullecía de nuestra condición de elegidos del Imperio. Lo cual además, por si no fuera suficiente el patetismo, causó la felicidad de muchos al evidenciarse nuestra *superioridad* en comparación a nuestros vecinos no escogidos.

Más allá del análisis de las discutibles posibilidades reales que tal acuerdo haya abierto al país, cabe preguntarse acerca de la conveniencia de asociarse con quien, de manera flagrante, ha violado durante toda su historia la ley internacional. Con quien tiene el poder militar para quedar impune sean

⁷⁷ Paradójicamente, los recursos de Latinoamérica han sido su perdición y explican la gran cantidad de golpes de estado planeados y ejecutados por EUA, y su apoyo a las dictaduras resultantes. Un amargo chiste se cuenta en América Latina: en la Unión nunca han habido golpes de estado... porque no hay embajada estadounidense.

cuales sean sus actos y obligar a cualquier país a acatar su voluntad. Tómense en cuenta sólo dos precedentes: EUA se negó a pagar las reparaciones a las que fue condenado por la Corte Internacional de Justicia, por su papel en la guerra de los “contra” en Nicaragua a principios de los ochenta del siglo pasado; y, con las diferentes primeras naciones de América del Norte, ha firmado a través de su historia más de 400 tratados... ¡violándolos todos!

En 1891, el insigne José Martí había hablado de la insensata unión “entre un cóndor y unos corderos”. Precisamente, lo hizo para oponerse a la homogenización monetaria ofrecida por EUA a las naciones latinoamericanas... en base al dólar claro está. Sabía que el “influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político”. Con mayor razón cuando el desequilibrio de poder entre ellos es mayúsculo. A Martí le era evidente que sólo el “estadista ignorante y deslumbrado” se apresuraba en aceptar ese tipo de alianzas en las cuales, bien lo decía Simón Bolívar, “formado una vez el pacto con el fuerte ya es eterna la obligación del débil”. Peor aún, el propio George Washington había aconsejado a sus compatriotas que los “tratados de comercio” debían ser “temporales, y sujetos a mudarse o a abandonarse según lo dicten la experiencia y las circunstancias”. Desde su oscura visión puritana de una humanidad pecadora sumida en la depravación, le era evidente “que es un absurdo pensar que una nación reciba favores desinteresados de otra”. Si bien sus afirmaciones están lejos de ser una ley general, no deja de ser irónico que EUA sí sea un vivo ejemplo de egoísmo y codicia.

A comienzos del presente siglo, han coincidido la voluntad política de varios líderes latinoamericanos y la debilidad de EUA. Se han estrechado lazos en la región y por vez primera la dignidad ha imperado por encima del servilismo. Así, varias iniciativas imperiales han sido, como nunca había ocurrido, rechazadas en diálogos bilaterales y foros internacionales. Al mismo tiempo que esos lazos entre estados latinoamericanos —que esperamos sean pronto firmes y fraternos lazos entre pueblos—, se han ido consolidando en iniciativas institucionalizadas. En todo caso, lejos está todavía una segunda oportunidad para la “Patria Grande”. Pero quizás estamos ante un comienzo. Ojalá que doscientos años no hayan pasado en vano.

“¿Quién es su Dios?”

Se espera haber dejado expuesta con total claridad la arraigada *teología nacionalista* de EUA. Las citas y los hechos aquí presentados hablan por sí mismos. No se pueden minimizar ni desvirtuar las palabras y los

acontecimientos aludiendo a la subjetividad del autor. Si no se tomara en cuenta esa vigencia y fuerza de dicha doctrina místico-patriótica en EUA, las extremadamente extravagantes expresiones de tan diversos personajes y las inaceptables acciones de los diferentes gobiernos de la Unión aquí presentados, serían meros testimonios exóticos de una minoría de fanáticos.

En cualquier otro país —y uno está tentado de agregar con toda propiedad la palabra “normal”—, estas declaraciones rayanas en el delirio sepultarían la carrera de cualquier figura pública. Darían lugar al más absoluto ridículo y descrédito de sus emisores. No en EUA. Allí son estándares. Son “verdades evidentes”.⁷⁸ Del mismo modo, en un país democrático, pacífico y respetuoso de las leyes internacionales sería esperable un rechazo ciudadano generalizado a una política exterior criminal y una enérgica condena de la opinión pública a sus impulsores y ejecutores. No obstante, en EUA esos personajes han sido y son considerados patriotas a toda prueba e insignes luchadores por la libertad.

En la Unión campea una muy singular ideología patriótica, la cual —perdonando la expresión, pero a falta de otra más descriptiva— se la puede denominar una especie de *fascismo democrático religioso*. Tómese en cuenta su fanático nacionalismo, su espíritu expansionista, su mitología por la cual se enaltecen a sí mismos y a sus instituciones, su convencimiento de que redimirán el planeta, la omnipresencia de su bandera y su importancia simbólica (¡tiene un día de celebración nacional y se le debe jurar fidelidad!), su militarismo, el rol político que en su historia han tenido los militares, su creencia en su superioridad en todos los aspectos imaginables, su manía por cantar el himno nacional hasta en los más cotidianos o simples actos públicos, su racismo y su culto al líder representado en la figura del Presidente (que también tiene su día nacional). Todo ello amparado en la fe en *su* dios que suponen los ama especialmente y les encomienda misiones.

Ese es el discurso oficial sostenido a través de toda su historia por el Estado y sus miembros. El mismo que es repetido por la intelectualidad, la prensa, los medios de comunicación masiva, los líderes religiosos y hasta por la industria cultural o del entretenimiento. Sin duda, esa creencia es parte del espíritu de su pueblo y constituye el fundamento más importante de la cultura de la Unión.⁷⁹

⁷⁸ Acerca del tenor de las citas aquí presentadas, debo confesar que en cierto momento de la escritura del texto quise destacar lo afirmado con cursivas. Pero tuve que desistir, cuando me percaté que hubieran quedado en cursivas gran parte de los textos de casi todas las citas.

⁷⁹ En cuanto al reforzamiento a través de la industria cultural de la condición de ser salvadores

Más allá de la opinión que pueda merecer el Cristianismo, el clero y los fieles de sus diferentes iglesias, la agresiva versión nacionalizada de esa creencia profesada en EUA es una vuelta a la peor tradición del *Antiguo Testamento*. Es una actualización de ese dios sanguinario que gozaba de las masacres de *paganos* perpetradas por su inmisericorde pueblo elegido. El Cristianismo en la versión nacionalista estadounidense, es una depravación de la mística universalista que impele a amar al prójimo. La particular nacionalización estadounidense del Cristianismo adecuó su contenido y espíritu a la moral imperialista, al patriotismo militarista, al racismo. *Se domesticó el mensaje de Jesús y se lo deformó al eliminar sus exigencias éticas radicales*. La solidaridad se cambió por el individualismo y la paz universal por el Imperio en base a la guerra. El predicador Pat Robertson interpreta esa esperanza de conformar un gobierno teocrático planetario, con todas las conveniencias económicas de la dominación: “Tenemos que prepararnos para reinar en el mundo y gobernarlo juntamente con Jesucristo”.

El cuestionamiento de esa singular piedad y de sus nexos mundanos, ya se hizo dentro del mismo EUA. El supuesto faro de la libertad y la democracia, por años obvió o describió con tonos épicos el genocidio de las diversas primeras naciones, mantuvo la barbarie del esclavismo y, hasta muy avanzado el siglo XX, les negó los derechos civiles a parte de su población. Los *negros* estadounidenses denunciaron esa hipocresía y falta de caridad cristiana. Frederick Douglass, un ex esclavo abolicionista del siglo XIX, hablaba de cómo el “tratante [de esclavos] ofrece su oro manchado de sangre para apoyar al púlpito, y el púlpito, a cambio, esconde su infernal comercio bajo el manto del cristianismo”.

Poder, negocios y Cristianismo nacionalizado no son una tríada inédita en EUA. Los esclavistas de antaño, la *United Fruit* durante el siglo XX o *Halliburton* hoy, junto al siempre omnipresente *Wall Street*, mantienen intacta

del mundo, entre las muchas películas donde se describen sus *benignas* guerras, tómese en cuenta “*El Día de la Independencia*” (Roland Emmerich, 1996). En ella EUA une a todos los países del mundo para enfrentar una invasión extraterrestre y —con presidente héroe y la omnipresencia de diversos símbolos nacionales incluidos— derrota al enemigo... ¡liberando al planeta un 4 de julio! En qué otro lugar alguien podría escribir un guión de tal calaña, conseguir financiamiento millonario y que el público replete las salas de cine, al punto de recaudar US\$ 85 millones en su primera semana de exhibición. Si bien esta película no es resultado de una iniciativa estatal, es tan ideológica como la propaganda de cualquier dictadura. Precisamente, el que la cuantiosa producción televisiva y cinematográfica con mensajes nacionalistas sea *privada* y no centralizada, refleja el arraigo popular de esa ideología (aún obviando los estrechos lazos entre el Pentágono y Hollywood). Respecto al cine, en tanto medio de difusión global del *fascismo democrático religioso*, no es un dato menor que la inmensa mayoría de las cintas exhibidas en el planeta sea de origen estadounidense.

su fe y su relación al Cristianismo en su versión nacionalista estadounidense. *In God They Trust... in their own god.*⁸⁰ He ahí la síntesis de una fe retorcida y un patriotismo ciego que se mezclan, sin pudor, con la sed de poder de los políticos y de ganancias de la gran industria y las grandes finanzas.

Cuando se comprende esa unión de intereses y a esa Unión de estados —y como es el caso de los latinoamericanos, se las ha sufrido en carne propia—, se puede afirmar con Douglass que es un “máximo engaño (...) llamar cristianismo a la religión de este país”. Frente a la indiferencia de sus compatriotas ante la segregación racial, ¡en pleno siglo XX!, un desilusionado Martin Luther King se preguntaba por el tipo de Cristianismo de las iglesias *blancas*.⁸¹ EUA es una nación que se dice fiel seguidora de Jesús y donde una porción no menor de sus habitantes se ofenderían de ser *acusados* de poco o no cristianos. No obstante, cuando se consulta su historia, desde sus orígenes a la fecha, cualquiera puede dudar ya no sólo de sus diferentes iglesias. Al tenor de los hechos, se puede poner en tela de juicio al país en su conjunto. Cualquiera puede coincidir con King y con toda razón se podría preguntar de EUA:

“¿Qué clase de personas rinden culto ahí? ¿Quién es su Dios?”

⁸⁰ En Dios ellos confían... en su propio dios.

⁸¹ Recuérdese que las iglesias *negras* se desarrollan, en buena medida, por la negativa de las congregaciones *blancas* a aceptar *negros*.